

## Capítulo 1

### Curar el cuerpo roto de la nación

#### Vida y milagros de Soralla de Persia (metarrelato)

*El saber y la risa se confunden.*

L. Wittgenstein.

I

### Introducción

El 7 de abril del 2001, en el Departamento de Sociología de la Escuela René Descartes (París V), la señora Germaine Hanselmann, conocida como Madame Teissier, defendió su tesis de doctorado. En ese momento, Madame Teissier era ya una reconocida columnista semanal de horóscopos, autora de alrededor de doce libros sobre astrología, que trabajaba para un programa de televisión bastante popular y, además, la famosa astróloga personal del presidente François Mitterrand. Su trabajo doctoral intitulado *Situation épistémologique de l'astrologie à travers l'ambivalence fascination/rejet dans les sociétés postmodernes*, despertó gran polémica, pues fue visto como un sello de aprobación de parte de La Sorbone a la astrología y a la posibilidad de hacer ciencia a partir de ella. El hecho fue noticia en los principales periódicos europeos y en otros como The New York Times.

Poco después, más de 400 sociólogos indignados, firmaron en Francia una petición dirigida al rector de La Sorbone solicitando la evaluación independiente del caso. La incomodidad de los señores parece derivarse del hecho de que una astróloga, que habrá sido vista no más que como una “bruja”, quedaba al mismo nivel de estos distinguidos académicos al tener un doctorado aprobado por la misma institución que les diera a ellos su prestigio. Igualada a ellos, es decir, rebajados ellos y con su disciplina malherida, pedían la quema de la bruja por hereje.

La relación de un político, incluso de un presidente como Mitterrand, con una persona adivina o bruja, no es un caso para nada aislado, sino tan común como esta relación de la academia y la ciencia con otros saberes. La realidad las sobrepasa.

Fascinado por la figura del dictador y leyendo biografías de algunos de ellos, Gabriel García Márquez relata en la serie de entrevistas publicadas bajo el título *El*

*olor de la guayaba*, creencias asombrosas que llevaron a varios dictadores a actuar de una manera que burdamente podría ser interpretada como locura. Cuenta que en Haití el dictador Francois Duvalier, llamado por su pueblo Papa Doc por su título relacionado con prácticas religiosas: “Hizo exterminar todos los perros negros que había en el país porque uno de sus enemigos, para no ser detenido y asesinado, se había convertido en perro. Un perro negro.” Cuenta también de Maximiliano Hernández, presidente de El Salvador, “quien hizo forrar con papel rojo todo el alumbrado público del país para combatir una epidemia de sarampión”, y “había inventado un péndulo que ponía sobre los alimentos, antes de comer, para saber si no estaban envenenados”. Con gran satisfacción, dice García Márquez en la misma entrevista, que el General Omar Torrijos de Panamá, después de leer su libro *El otoño del patriarca* (1975), en el cual hace un perfil del dictador latinoamericano con todas estas filiaciones con mundos mágicos, le confesó: “todos somos así como tú dices” (García Márquez 1982) .

En los años setenta, época en que *El otoño del patriarca* era escrito y veía la luz, el secretario privado de Juan Domingo Perón, López Rega llamado también “el brujo”, adquirió enorme poder y llegó a ocupar cargos muy altos en su gobierno y en el de Isabel Perón. Entre otras atrocidades, López Rega fue el creador de la triple A (Alianza Anticomunista Argentina), culpable de numerosos crímenes. Se dice que fue iniciado como espiritista por Victoria Montero, vidente a la que también acudió en su momento Eva Perón y que fue su maestra en materia de esoterismo, su iniciadora en la tradición umbanda, en la masonería y el rosacruzismo. Después de la muerte de Perón triunfó el ala conservadora del peronismo con Isabel y con López Rega a la cabeza. Isabel asumió la presidencia con “el brujo” como primer ministro y consejero espiritual. La izquierda lo acusaba de hipnotizar a la presidenta, quien resultó a su sombra una figura sumamente débil. Luego de diversos escándalos y huidas “el brujo” murió preso en Argentina.

De data más reciente, el presidente brasileño Fernando Collor de Melo también hizo escándalo con su “Pai de Santo” personal, con el que luchó incluso contra su hermano y su propia madre.

Más tarde, en los noventa, Regina Betancourt (Regina 11) llamada también “Mamá Regina” y “la bruja de Colombia”, fundó un movimiento político por el cual llegó a ser diputada, concejal, cenadora y por poco presidenta de la República de Colombia. De ella se dice que, además de ser doctora en Ciencias Políticas, es maestra de metafísica desde los cuatro años, que sus manos tienen el poder de curar y que posee el don de la levitación y de la profecía. También, ella utilizó un programa

de radio con recepción a nivel nacional para difundir sus ideas y aconsejar a sus seguidores-pacientes. En su campaña electoral, anunciaba con una escoba la barrida de la corrupción y en una entrevista dijo que le encanta que le adjudicaran el puesto de mayor bruja de Colombia. (<http://conexioncolombia2.terra.com.co>).

En la literatura, lo real maravilloso fue una de las herramientas utilizadas para describir, interpretar y representar ese tipo de fenómenos sociales tan complejos, y más allá de eso, para explicar “la diferencia” de lo latinoamericano.

Por seguir con la arqueología de brujos y adivinas, asociados al poder político, se podría ir más lejos en tiempo y espacio, y mencionar por ejemplo a Hanuseen, un vidente que logró llamar la atención de Adolf Hitler y su gente al predecir el incendio del Reichstag, con lo cual ganó respeto y privilegios durante algún tiempo. Hannussen hizo fortuna vendiendo productos de ocultismo e incluso llegó a construir un edificio que llamó Palast des Okkultismus. Fue dueño de varios periódicos de los cuales el *Hannussens Bunte Wochenschau*, aunque por corto tiempo, fue el más vendido de Berlín. En ellos brindaba a sus lectores servicios de consejería que también daba en consultas privadas. A pesar de ser judío, gozó de un lugar privilegiado y complicado dentro de algunos círculos del Nacional Socialismo hasta que finalmente fue muerto por los nazis. Así, llegaríamos a la emblemática figura de Rasputín, “el brujo” de la Zarina Anna, quien se había ganado ese lugar curando al único hijo de la zarina de su padecimiento de hemofilia. A Rasputin se le respetaba y temía como poseedor de poderes extraordinarios y gran clarividencia. La influencia política que adquirió, tolerada por el Zar, hizo que luego miembros de la misma familia Romanov lo asesinaran.

Así, a saber cuántas gentes habrán mantenido su imagen de fortaleza gracias a la sombra del árbol de la brujería, tal como lo fuera desde un principio cuando no existía la distinción entre política y magia. Pero lo realmente interesante es la presencia de la magia en Estados modernos que se suponían secularizados, pues ésta parece a menudo ser un agente absolutamente activo. El Estado moderno, con sus raíces en la razón ilustrada, debería estar, por definición, desligado radicalmente de toda alianza con la magia. Las tradiciones populares, con su peso y terquedad, la herencia de mundos mágicos (vista como atavismo), las prácticas relacionadas con brujería y ocultismo, han sido desdibujadas, combatidas, folclorizadas, o bien tenidas por reto: trascenderlas llevaría al desarrollo en Latinoamérica, se trataba de un asunto del que dependía, en parte, el destino de la Nación.

Sin embargo, ya hace largo tiempo lo sabemos: a pesar de que para muchos políticos e intelectuales, en teoría, esta fuera una traba en el camino de

la modernización, dichas prácticas eran parte de su mundo simbólico y a pesar de la violencia de la modernización no desaparecen, son resistentes, compatibles, renovables y rearticulables a la vida moderna y también presentes y actuantes a través de los medios de comunicación.

Las Ciencias Sociales, a partir de su institucionalización en América Latina, no se preocuparon por explicar aspectos relativos a esas prácticas, aún siendo tan comunes, pero sí llegaron a señalarlas como obstáculos, como factores que nos alejaban de la modernidad. No es sino recientemente que estas tradiciones han podido ser vistas como valores positivos o como objetos de interés por antropólogos y trabajadores de la cultura; pero en los años intensos del proyecto modernizador esos temas no tenían lugar al lado de otros como dependencia, clases sociales, Estado, vía democrática, sindicalismo, partidos políticos, movimientos sociales, .

Este capítulo explora a Soralla de Persia, astróloga costarricense, cuyos “años de gloria” fueron los mismos del proyecto “socialdemócrata”. Al realizar esta investigación interesa no tanto por qué en medio de la fe en el proyecto modernizador y del rechazo a las tradiciones, era posible que personas del Estado se asociaran a figuras como la de una mujer-pitonisa. Como hemos visto, esto resulta común a muchos estados. Más bien nos interesa cómo funcionaba dicha relación en su contexto histórico. Por lo tanto, no es nuestro cometido contemplar este fenómeno como parte de una mentalidad pre-lógica que apareció como factor residual. Si hay algo de interés es más bien la renovación de estas prácticas a través de los medios de comunicación, en el contexto de la segunda modernización y el proyecto “socialdemócrata” lo mismo que su legitimación en los medios y por la figura de algunos grandes políticos.

## **La mirada cómplice**

Las virtudes de la distancia, el entusiasmo por ellas como propias del “observador imparcial” ideado por Edmond Husserl, condujeron en el caso de científicos sociales practicantes de la antropología cultural a considerar todas las prácticas una simple “reinterpretación teatral”. Ya Bourdieu mostro que se trata propiamente de una “desición epistemológica” (Bourdieu 1972: 125ss.). Mi opción es definitivamente otra.

Dice el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (1984) que un cómplice es un “participante asociado en un crimen o culpa imputable a dos o más personas”. También dice que es una “persona que sin ser autora de un delito coopera

a su perpetración por actos anteriores o simultáneos que no sean indispensables”. No he encontrado mejor forma para mirar y presentar a Soralla de Persia que desde la complicidad, pues ésta no me permite ver en ella ni un aura brillante ni una sombra siniestra. Antes bien, la complicidad me lleva a verla de forma desprejuiciada, desacralizada, porque no admite ni la distancia, ni el miedo, ni el juicio.

La mirada cómplice es un tipo de identificación con una persona y con su forma de actuar, que está también lejos de la reverencia y la devoción. Con la mirada cómplice, se participa indirectamente de algo que hace alguien, algo que la persona que mira no busca hacer, pero que no desaprueba y con lo que colabora. Tomando la definición de la Real Academia por acertada, he sido participante en tanto he puesto mi interés en sus actos y con ello me he asociado a su culpa, que no es otra que la desobediencia permitida a las leyes de los hombres y la iglesia. Y esa culpa es efectivamente imputable a dos o más personas, a mucho más que dos, a ella y a todas las personas que la consultaron y buscaron en ella una respuesta cuando los sufrimientos se les tornaron intolerables.

Ejemplo de una mirada que considero cómplice, es la plasmada en los escritos y crónicas de Carlos Monsiváis. Su gran texto, desde *Días de guardar* (1969) hasta *Aires de familia* (2000), hecho con un collage de géneros, de voces y sentimientos, de personajes y acontecimientos, de palabras y palabrones, acaba con la división entre literatura, escritura académica y periodística. Así, manteniendo una intertextualidad con la calle y valiéndose del lenguaje y las jergas que van naciendo en el momento en el que él escribe, ayuda a sus lectores a ver los acontecimientos que ellos no pueden vivir o que viven sin tiempo para traducirlos y acomodarlos en frases de síntesis. Pero cuando nos informa sobre las maneras en que se nombran transacciones, objetos, sentimientos, agencias y personajes que van naciendo a diario y se mueven caóticamente, lo hace desde su propia complicidad.

Monsiváis escribe en fragmentos, tal y como se le presenta lo observado, como un rompecabezas imposible de completar pues se generan piezas a medida que él lo va armando. Como cómplice no ordena ni juzga, sino que participa y colabora, pues sus fragmentos son un montaje de voces ajenas, de recuerdos de otros y proyecciones de sus esperanzas, angustias y fracasos, y de sus renacimientos. Su mirada y su escritura son empáticas con sus sujetos de conocimiento y, sin embargo, no por ello menos críticas y agudas, menos filosas.

Si con este trabajo he cooperado con la perpetración del “delito” que Soralla cometió, al haberla invocado por un rato para dialogar con ella y mostrar, desde mi óptica, sus formas de hacerse presente en una sociedad de normas masculinas

y católicas pero de desobediencias femeninas y sincréticas, si he cooperado con refrescar su memoria, entonces confieso: soy cómplice.

## II

### COMO POR ARTE DE MAGIA

A finales de la década de los cincuenta, Virginia andaba por los treinta y tantos y había regresado a Costa Rica después de unos años de ausencia. Su esposo, persona cercana a Pepe Figueres, se había ido a Honduras con toda su familia buscando suerte, y después de un tiempo había conseguido un cargo de cónsul. Virginia tenía un vientre fecundo y nueve veces parido. Su labor de traer hijos al mundo había comenzado en los cuarenta con períodos en donde nacía uno por año.

Como a la mayoría de las madres, uno a uno, sus hijos la inventaban cada vez que le decían mamá. La inventaba su esposo, y el puesto de diplomático de su esposo, antes, sus padres y demás antepasados, también un par de próceres, un héroe poco creíble, y el reciente gran caudillo nacido de la revolución de 1948.

A Virginia día a día la inventaba un país y sus políticos, la vida urbana de una ciudad en miniatura y también, la posguerra y la industria fílmica hollywoodense y su versión mexicana.

Ella era como muchas mujeres de su época, ya más bella, ya más inteligente y curiosa, pero su vida parecía transcurrir sin eventos excepcionales, porque tener tantos hijos en ese entonces no era ni normal ni excepcional. Aunque en los cincuenta se estrenara la idea de mujer y madre moderna, Virginia había crecido en otra Costa Rica, de prototipos femeninos tradicionales. La predestinación que la iglesia y la sociedad le trazaban a una mujer nacida en los años veinte, significaba que su cuerpo se había modelado para la maternidad y no para otras actividades desligadas

de ella, la idea de mujer de entonces, con sus respectivas prohibiciones, le había estructurado su anatomía de modo que inhibiera las múltiples capacidades que luego la hicieran tan exitosa; todo junto hizo que durante algún tiempo, ella fuera un lugar común con muchos requisitos.

Al regresar a Costa Rica nació su décimo hijo, y después, ella entró en un período de tristeza y silencio. Un día en el que la depresión la volvió vulnerable e indefensa, su esposo la internó en el Hospital Psiquiátrico, único recurso para muchos en un país casi sin psicólogos, y regresó con los diez niños a Honduras.

Contrario a lo que pudo haber sido la reacción de una madre de ese y de cualquier otro tiempo, ella, una vez que sus parientes lograron sacarla del psiquiátrico, no se fue detrás de sus hijos decidida a cualquier cosa con tal de recuperarlos.

Después de tantos años de ver sus colores difuminarse en diez hijos, sabiéndose dueña de inteligencias y capacidades opacadas por las de su esposo, soportó el dolor y se dedicó a otra cosa. Virginia construyó su existencia como persona, su individualismo, comenzó a borrar todas las invenciones ajenas, a arrancarse todas esas etiquetas que la amordazaban y le ardían en la piel y comenzó a crearse su inmediatez, su efecto particular e irrepetible en el curso de los hechos históricos. No paró hasta el día de su muerte. Después de haber parido tantas veces, ella se parió a ella misma, tomó posesión de su cuerpo y logró ser una textura especial y un color fuerte para insertarse en el tejido social, ya no más desde su estatus de hija-esposa-madre, como era la norma, sino de una forma diferente: saltando desde la maternidad de diez a ser una especie de madre del pueblo.

- “Procedo de mí misma”, dijo.

## APRENDIZ DE BRUJA

A principios de los sesenta, Virginia consiguió trabajo en una emisora de radio y así comenzó su carrera profesional. Y por esos años su vientre incansable volvió a repetir hazañas y tuvo dos hijas más.

Un día marcado por la suerte en su calendario, el dueño de la emisora le pidió buscar una pitonisa (palabra con la que nunca permitió ser identificada). Ella se ofreció de inmediato. “Soy yo”, dijo sin pensarlo mucho. Con los diecinueve colones que andaba en la cartera, contaba ella y cuenta su familia, entró a una librería y compró dos libros de astrología. Así empezó su tarea de aprender a leer, no tanto el alfabeto de las estrellas sino el de los dramas humanos. De esos dos libros iniciales leyó en su programa algunos párrafos. El éxito la esperaba en filas y con muchas caras ya al final de las primeras emisiones. La gente pedía ser atendida, quería consuelo, explicaciones, atención personal, espacio para el desahogo, protección contra lo malo con nombre o sin él, y ella parecía tenerlo. Entonces procedió: se cubrió con el velo del misterio y el modelo fue tremendamente exitoso; el resultado, un personaje ambiguo, híbrido, una suerte de mujer maga, vidente, mama grande, hechicera, diosa, bruja, psicóloga, demonio, doctora de almas, mediadora, pitonisa, veraz y mentirosa, soberana absoluta de un reino de fantasía al que llegaron a sumarse miles de súbditos entre los que estaban gentes rotas, desairadas, abandonadas, figuras prominentes, políticos grandes, candidatos, presidentes o expresidentes de la república, amantes, gentes con ruina moral o económica, gentes desconsoladas, con o sin trabajo, con o sin futuro, señoras de las clases más altas, señoras pobres pero ricas en fe, gentes trasnochadas por el pánico y la incertidumbre, gentes ambiciosas que perseguían el éxito ya fuera en el amor, en la profesión o en el barrio, gentes de cuerpos enfermos o almas poseídas, gentes de tristeza crónica, de ojos amarillos, marchitos, ojos rojos de furia y sed de



venganza o de quien tiene el poder y lo quiere para siempre, ojos del color de los amores irreversibles, ojos encendidos de pasión, ojos vacíos y secos, gentes que buscaban, en fin, la restauración total de su vida. Ante tan inesperada demanda, ella montó formalmente su consultorio. Necesitaba primero que todo un nuevo nombre, porque llamarse Virginia Rojas Meza, un nombre común con apellidos que compartía con mucha gente, sonaban demasiado a lo mismo. Buscó uno, exótico pero pronunciable, que sonara de por aquí pero que sonara “oriental” y lo encontró por casualidad un día, en una noticia de una revista de venta callejera que hablaba sobre la bellísima y desdichada Soraya, exesposa del Sha de Persia. A ella le sonó perfecto el nombre pero hizo la diferencia: el mío, dijo, se escribe con elle. A Soraya, la de la Persia asiática, el Sha la dejó en 1958 cuando tuvo clara su imposibilidad de tener hijos. A Soralla, la de la Persia del Oriente de Hollywood anclado en San José de Costa Rica, y ampliado por el gusto barroco local, el esposo la dejó a pesar de diez hijos. Después del divorcio, Soraya se convirtió en actriz de cine debutando en la película *Ella* con un papel secundario como bailarina de cabaret. Luego apareció en la película *Las tres caras de una mujer* (1965) de Michelangelo Antonioni. Su carrera cinematográfica fue muy corta y su vida no muy larga, pues falleció en el 2001 en París, a los 69 años de edad.

Después de la separación, Soralla se convirtió también en una especie de actriz y su carrera fue larga, aunque su vida, ocho años más corta que la de Soraya. En aquel artículo descubrió el nombre que habría de acompañarla más allá de su muerte. El nombre “Soralla de Persia” era perfecto y tenía además su denominación de origen, de un origen lejano que Rubén Darío adornara con un palacio de diamantes, una tienda hecha del día y un rebaño de elefantes, un kiosco de malaquita y un gran manto de tisú. Entonces pronunció su nombre completo en voz alta: ¡SORALLA DE PERSIA!, y lo sintió con todo el cuerpo. Después, sonrió y sopló fuerte, y

desde ese momento su nombre quedó fijo en la memoria de miles hasta el día de hoy.

Al principio contaba con pocos instrumentos pero esos pocos le bastaron. Si hiciéramos un recuento llegaríamos tal vez a tres. Poseía el imaginario de su época, un genio imparable para leer corazones y darles recetas, y su cuerpo para hacer de él un espectáculo. Entonces se sentó a coser, fue creando un uniforme de bruja-madre y se fue camuflando, travistiendo, hasta convertirse en otra, en Otra, en un símbolo de mujer múltiple, en la Hiper mujer. Trabajó para trascenderlo todo, su sexo, su origen y su apellido, su signo del zodiaco, su clase y su nacionalidad, su humanidad y su lengua, su maternidad y su biorritmo y convertirse en lo que fue durante años: un icono popular que para algunos rayaba en lo sobrehumano, tan sobrehumano como suelen ser las creaciones humanas. Llegó a ser un acontecimiento transmedial, que logró dislocar la larga cadena de pactos mudos de una sociedad que apenas se despertaba ante el golpe de la modernización de las posguerras, que la llevaba a un des-orden, a un nuevo orden.

En una ciudad presa del mito del desarrollo y de la utopía de la modernización, ansiosa por dejar la tradición y modernizar todas sus esquinas, ella buscó, descubrió, provocó, se ganó, y le fue permitida una fisura por la cual entrar al escenario. Resistió. En medio del espíritu de aquellos tiempos de escolarización masiva y esmerada, ella se otorgó un título como acto necesario para resolver el asunto de la educación formal, se hizo llamar profesora y comenzó a ejercer la profesión de educadora en la cátedra de vida cotidiana, ya graduada fuera de toda institución académica, pero licenciada en ardides por los avatares de la vida. Poco tiempo tardó en conquistar espacios en varias emisoras radiales desde donde dictaba sus lecciones y a finales de la década de los sesenta hizo su debut en la televisión. Desde un principio tuvo claro el panorama: “lo que más atormenta

a la gente y da más plata son los sufrimientos de amor”, solía contar.

## LA MUERTE INICIÁTICA

La palabra de un marido o un familiar, incómodo o preocupado bastaba, hasta cierto momento no lejano de la historia, para considerar a una persona trastornada, desviada, insana o peligrosa; e ingresarla en el asilo. Eran esos tiempos en que la psiquiatría, para su desarrollo, ponía el ensayo y los errores y la gente ponía sus angustias, sus días de horrores y sus noches de espanto.

Virginia Rojas fue internada en el asilo por su marido. Nunca sabremos qué contó pero así acabaron sus días de esposa entregada y de madre de aquella enorme familia; se cerró un ciclo. Atrás quedaron de golpe todos esos años de ser el sol de diez planetas, de vivir rodeada de niños que lloraban de noche y gritaban y reían de día, pidiendo atención de mil formas posibles, haciendo, uno tras otra, tantas y las mismas preguntas. Los días que siguieron sin ellos dibujaron el silencio.

No es que el asilo en sí fuera silencioso. Cerca de ella, muchas mujeres se oían por diferentes circunstancias: unas hablaban solas, otras se reían o lloraban a gritos o bajito, otras rezaban. Pero el silencio de ella venía de la interrupción de su ejercicio de madre, era el silencio dejado por diez hijos que a su vez, no supieron por mucho tiempo por qué había callado y desaparecido su madre.

En su primer día de interna, una de sus compañeras se acercó a ella queriendo contarle de los sufrimientos de las otras, pero ella no quería saber nada, estaba triste y punto. Entonces, acostada en posición fetal en su cama de asilo, se quedó solamente con ella misma por todo recurso, y vinieron a ella la muerte y las tinieblas, su propia muerte, que en ese momento era la liquidación de su pasado, era la abolición del trabajo y la marca del tiempo, era la oportunidad de poner fin

a su existencia profana, a todo lo que en su vida no era esencial y emprender la regeneración, era el momento de contacto más íntimo de su vida con las emociones primordiales que acrecentaron la intuición, era el tránsito hacia una nueva vida desde la resurrección de sus cenizas.

Los días que pasó ahí no fueron muchos, pero al estar al lado de las desviaciones de compañeras y “expertos”, psiquiatras, curas y monjas que decían conocer los quehaceres del alma, ese tiempo fue suficiente además para otra cosa: aprendió a dividir en un sinnúmero de colores los asuntos de la psique.

Luego, cuando pudo de nuevo ponerse en pie, aturdida entre el electroshock y el litio, empezó a escuchar cuidadosamente, comenzó a interesarse por sus compañeras y mientras escuchaba las historias que circulaban entre ellas y los pasillos, les observaba los ojos, las manos, los gestos, el ritmo al caminar, las formas y deformaciones de sus cuerpos. Se enteró de los males de una por una: algunas estaban ahí porque eran locas y ya, otras tenían padecimientos que no se podían explicar y un par nunca habían hablado ni las enfermeras sabían contar el cuento. Luego vinieron las historias particulares: a esa pobre la violaron los tíos, a esa se le murieron varios chiquitos de meses, aquella le entregó la honra al novio y después él se fue y no cumplió con la promesa de matrimonio, a esta la embarazó un novio y apenas parió, el papá le dio una paliza que la dejó con ataques, esas dos son borrachas, una dice que trabajaba mucho para su familia y que por eso bebía de noche, la otra dice que aprendió con el esposo a beber, aquella era una “mujer pública” y la encerró una esposa celosa, algunas se volvieron locas cuando daban teta, a aquella le pegaron la sífilis, hay un par de viudas tristes y aquella quería sexo en la cuarentena y al esposo le dio miedo y la acusó de loca

Las señoras de plata, ubicadas en la parte más bonita, no eran locas, se les decía nerviosas. Ella tomaba notas en su cabeza y seguía observando. De repente una se quitaba la

ropa y el personal corría a encerrarla, otra se hincaba frente a la imagen de un corazón que sangraba espinado y pedía perdón por el daño que decía haberle hecho a sus hijos, otras intentaban suicidarse y a veces alguna lo lograba.

Y ella aprendía más y más de aquellos cuerpos marcados por las prohibiciones y los mandatos impresos con el sexo desde antes de nacer.

## LOS PRIVILEGIOS DE LA “IDOLATRÍA”

Para empezar con su carrera, su sociedad le ofrecía una base sólida hecha de una fórmula de fe y de eso a lo que la oficialidad llama despectivamente superstición: mezcla de religión oficial y varios sistemas de creencias, ideas y saberes ancestrales, vernáculos o prestados, es decir, del florido sincretismo que ha acompañado durante siglos la historia de permisos estratégicos de la Iglesia Católica, de la fascinación del ser humano por lo misterioso, lo sobrenatural, por las fuerzas mágicas que brindan protección, de la incesante búsqueda de caminos físicos y espirituales de salvación, del deseo de sentir una voluntad superior que muestre un signo concreto.

Ella se hizo beneficiaria de esas tradiciones que persistían y afloraban en los años modernizadores, de esa base de las virtudes terapéuticas de la sugestión y de la incansable esperanza de las almas que aguardan el asombro. Asombro ante el milagro, ante una aclaración de los signos premonitorios que rondan constantemente la vida, ante las indiscutibles influencias de los astros sobre los acontecimientos terrenales.

Ella contaba con la sospecha de la conexión recíproca entre las cosas que pasan aquí abajo y los fenómenos no sólo meteorológicos de arriba y con la certeza del mal de ojo. Tenía a su favor el atributo de cualidades humanas a elementos naturales, y esa costumbre ancestral de hacer del universo un organismo antropomorfo. Por eso ella entró por

la puerta grande a la vida pública en una sociedad en donde, mucho antes de existir ella, existía el uso de animales, plantas, venenos, perfumes, formulas por repetir, el conocimiento del poder afrodisíaco y narcótico de moluscos, hierbas y flores y las revelaciones de los sueños, alucinaciones y visiones que siempre tiene o dice tener la gente. Las prácticas que Soralla desarrolló en nada chocaban para la gente con las prácticas católicas en un continente en donde esta religión, para conseguir el sometimiento, ha consentido desde siempre la participación de sus “fieles” en otras creencias siempre y cuando estas incluyan a sus iconos.

Católicos han sido desde tiempos de colonias y esclavitudes los que le hablan a dioses africanos y a dioses indígenas hincados ante un Cristo crucificado, ante una madre con un niño en brazos que ha sido María y ha sido otras; católicos siguen siendo muchos de los que hasta la fecha, ante los supuestos metafísicos incomprensibles de su religión, consultan la carta astral para aceptar lo irremediable como predestinado y consultan al médium para comunicarse con sus muertos. Católicos eran los que acudían a ella en busca de refugio, consuelo y defensa; católicos siguen siendo los que hoy, a pesar de todo dogmatismo de su religión, hacen fila en los muchos consultorios de brujos y brujas que ocultan las ciudades y pueblos de este país.

Cuando ella empezó, ya en el cielo o en Cartago estaba la Virgen de los Ángeles, madre de todos, oficial patrona del país, virgen conciliatoria llamada desde siempre y para siempre “la negrita”, para que se sientan bajo el cobijo de la patria indios, blancos, negros e hijos de las mezclas de todos esos colores. Pero la negrita escuchaba sin contestar, no decía cómo pinchar el mal de ojo, cómo recuperar a la mujer que se fue, al marido embrujado por otra, ni cómo vengarse de la amante que me lo quitó, ni cómo hacer que mi hija dejara al novio que no le convenía, cómo escarmentar al jefe o a la nuera que maltrató a un buen hijo o cómo hacer para ver enamorada a la persona que se quiere y ha de estar

eternamente a los pies rendida. Aquí, en la tierra, en la vida cotidiana, en la radio y en la televisión estaba Soralla, dos oídos, una Gran lengua y un genio creativo, mil ideas, mil consejos, paso por paso hacia la disolución del dolor y la restauración del alma, cualquier objeto a la disposición, mil amuletos, talismanes y recetas sencillas de manufactura casera.

Pocos, muy pocos costarricenses podrían decir que no han estado en contacto con ese mundo; de cerca o de lejos, la mayoría se ha comunicado con un muerto, ha consultado a una bruja o ha temido o sufrido un embrujo. La gran diferencia con otras comunidades caribeñas, centroamericanas, brasileñas, por nombrar algunas, reside en que en muchas partes de América Latina la gente no oculta ni sus creencias ni sus prácticas. En Costa Rica en cambio se busca al brujo, a la adivina, se consulta, se siguen las instrucciones, se paga lo que cueste, que puede no ser poco, se hechiza y se desembruja, pero se hace sigilosamente, calladitos, con elegancia y disimulo, con guantes de seda hasta los codos, sin dejar huellas. Luego van y se lo confían sólo a los más cercanos de los amigos y parientes y estos juran que no lo van a repetir, oyen el cuento con curiosidad, pavor y ganas, esos que a su vez, en un momento crítico, piden la dirección y en otro, rompen el juramento.

¿Cuándo comenzó a darse ese manejo oculto de las relaciones con las prácticas de brujería? No pretendemos aclarar eso, suponemos que el trabajo de doble discurso de la Iglesia Católica, que por un lado consentía y por otro prohibía, sumado a los llamados a abandonar viejos mundos simbólicos en favor del progreso y la Nación moderna, para lo cual colaboraron activamente los científicos sociales, aunado a una legislación que condena dichos actos por medio del Código Penal, hicieron efecto. Pero sólo de forma parcial y no el deseado por los fieles a la fe en las pruebas científicas, no el deseado por los miembros de la religión positivista. Así, mientras que en otras geografías cercanas,

las celebraciones católico-paganas se hacen de forma masiva y a la luz del día, en reuniones familiares, en comunidad con los amigos, en lugares públicos y con la venia de las diversas autoridades, que se rindieron hace mucho o que participan gustosas, los costarricenses se movilizan solitos o de dos en dos. Y sin tambores y sin bailes, sin grandes comidas ni borracheras, sin cantos extáticos, sin vestidos para la ocasión, sin comparsa.

Sobre esa base, Soralla tenía también el conocimiento acumulado a través de sus vivencias: “el ser humano”, explicó un par de veces a sus allegados, “no tiene más de diez problemas fundamentales y cada uno tiene su respectiva mueca, tengo años de atender gente y estar oyendo exactamente los mismos problemas: un hijo o un marido alcohólico, una infidelidad, miedo ante un negocio, mala suerte en el amor...”. Era así como, viendo a sus pacientes por primera vez, sabía desde los primeros minutos el motivo de su visita, de su llanto ahogado en una frase de súplica, y la cura a su mal.

## LA PITONISA MEDIÁTICA

Después de haber estado muda, en sus años dedicados a ser esposa-madre, muda por carecer de canales para sacar de sus adentros ese que fuera su propio lenguaje, su esencia translingüística, la revolución massmediática se convirtió en su gran aliada y por ella sus palabras se esparcieron por doquier. Soralla fue antes que nada un producto de la radio. Al principio Soralla era solamente una voz sin cuerpo que la radio lanzó al aire, pero al chocar con los oídos de la gente, esa voz generó una demanda de visibilidad; eran muchos los que querían atención personal, muchos los que necesitaban más que el par de minutos que la radio concedía para contar penas de años. Entonces Soralla tuvo que crear trajes que vistieran a su voz, para anclarse en tierra.



La radio inventó a Soralla y Soralla se inventó a ella misma. Y con su lenguaje iba reflejando, y construyendo a la vez, parte de la vida social de esos tiempos desde un locus que también ella creaba a cada paso. La radio se apropió de ella, ella se apropió de todos los medios de comunicación de las masas de entonces y éstos se reapropiaban de ella. Salía al aire por la radio y a la luz por la televisión y los periódicos, y realizaba así un reciclaje cultural con elementos del pasado y el presente, una hibridación de prácticas culturales, premodernas como la brujería y muy modernas como el uso de los medios de difusión. De este modo llegó a ser, en sus años de fama, una moderna pitonisa mediática, una versión renovada y popularizable de tradiciones genéticamente resistentes que no murieron, sólo mutaron ante el veneno de la modernización y se empeñaban en perpetuarse.

Al iniciar su carrera de astróloga con un programa radial, aprendió el encantamiento colectivo que ocurría desde principios de siglo por medio de la radio y del cine, ese que también ella había vivido, y luego le echó mano al encantamiento individual con la televisión. Ella usaba los medios como canal, sus escuchas los empleaban como oráculo. Cuando su voz salía del aparato de radio producía mil imágenes, pero la televisión pudo más, su palabra y su imagen fundidas, multiplicaron su alcance y agrandaron su fama. Con ésta podía alcanzar y mantener una relación con la colectividad mediatizada por imágenes, entonces ella se encargó de crear las suyas y éstas a su vez la fueron creando y reafirmando a ella, a ese su personaje híbrido, y fue así como cada vez llegó a tener presencia cada vez más real y mucha gente se reconoció en ella. Su cuerpo estaba colonizado y sobredeterminado por la imaginaria mediática y ésta era multiplicada por ella. Soralla, y también los que la escuchaban y veían, eran alterados radicalmente por los logros tecnológicos que iban llegando y cambiando las maneras tradicionales en que cada uno se revelaba ante los demás. Ella se revelaba ahora con su

pantomima de metamorfosis, como encarnación plástica de poderes sobrehumanos. La televisión la mostraba dando el horóscopo, con sus turbantes y sus joyas, con sus ademanes y gestos faciales, con su palabra contundente unida a su mirada penetrante, revestida de atributos profanos que parecían sagrados y que desataban ráfagas de imágenes asociadas a otros mundos. Sin embargo, la representación le era posible porque por más exótica, con sus atuendos, con su disfraz, ella como símbolo era el resultado prístino de fórmulas prefijadas y conocidas: la madre, la bruja. Así lograba subyugar, porque por esos minutos en televisión o en consulta privada, se apropiaba simbólicamente de fuerzas colectivas residuales que remitían a viejas figuras de poder. Y ese poder le permitía una forma de mediación, no tanto entre ella y las fuerzas sobrenaturales, sino entre ella como símbolo y sus seguidores que, desorientados ante los grandes cambios de la modernización cultural, tenían en dónde depositar su incertidumbre. La radio, la televisión y ella; ella en los medios es el tercer ojo de muchos.

Seguidores-televidentes-clientes-hijos-pacientes-radioescuchas, adquirieron espacios necesarios de orientación en la vida cotidiana no dados por las instituciones "seculares". Soralla convirtió su imagen en un negocio y los medios convirtieron el negocio de Soralla en su propio negocio. Su masiva aceptación estuvo ligada a la legitimación de su figura que desde el inicio le dieron los medios. Estos han sido vistos desde siempre como voceros de la verdad, como jueces de lo que se debe y lo que no se debe ver y escuchar, como dueños de la información y el entretenimiento, como dadores de libertad de expresión y de lugar a las voces que pueden hablar y de representación a las que no pueden.

Nada fue casualidad, ni milagro, ni brujería; además de las otras características, los medios nunca trepidaron en alentar, con elementos de identidad, una cultura popular que aliviara a las mayorías en su dolorosa adscripción a la Nación. Los medios no descubrieron a Soralla como psicóloga popular

y la llevaron a la fama, ella no empezó desde abajo, desde prácticas anónimas de astrología heredadas de su familia o venidas de una iniciación con algún maestro. Antes bien, los medios la inventaron y ella y los medios debutaron juntos, en esa nueva versión de oráculo para las masas de ciudadanos y de inmigrantes que llegaban desde el campo, y muchos encontraron en ella un elemento de cohesión, sus seguidores se convertían en un círculo coherente que compartía un consenso mudo. Al mediatizar la brujería sin abandonar la atención personalizada, hacía pasar a la gente de escuchas y espectadores a “pacientes” y “consultantes”. Con este movimiento la gente pasaba de comunidad a audiencia y en todos estos vaivenes se creaban relaciones particulares con los medios.

Los medios como la política, estaban llenos de visiones y voces masculinas y Soralla introducía sensibilidades femeninas en ese diálogo de hombres y hallaba a la vez una forma propia de autorepresentarse y construir su forma original de ejercer su propia ciudadanía.

## ORIENTALÍSIMO

Soralla se fue un día a la Tienda La Gloria, que por mucho tiempo y desde principios de siglo fue el almacén de ropa y artículos de belleza y hogar más grande del país, y le pidió a las encargadas del departamento de bisutería que le guardaran todas las perlas y piedras de fantasía que quedaran de los collares y aretes reventados por los clientes y no vendibles. A fin de mes Soralla pasaba por La Gloria y luego se sentaba a coser. De sus propias manos salían turbantes, mantos, joyas y hasta zapatos, irrepetibles trajes con los que se vestía de “oriental”, de adivina, de madre bruja. Cada vestido que se hacía le agregaba a ella un poco más de ella misma. Luego contaba de sus viajes por el Oriente y del origen de las piedras que la adornaban, unas de Persia, otras de oasis o desiertos, otras de lugares sin nombre y

lugar en la cartografía; pero todas llenas de grandes poderes mágicos.

Nos cuenta Edward Said que ya en tiempos muy lejanos, en la Europa del siglo XIX, se construyó un discurso orientalista, un campo sistemático y racional formado en torno a un lugar amplio y abstracto llamado Oriente. Ese campo productor de imágenes estereotipadas ha tenido muchas ramificaciones. Siguiendo las huellas de la intertextualidad hasta llegar a América Latina, nos encontramos enormes mutaciones de las imágenes proporcionadas por esos escritores y pintores europeos que aportaron esas figuras, y nos heredaron ese Oriente que al cabo, en las garras de Hollywood, se convirtió en el lugar estereotipado del genio de la botella y las alfombras voladoras, y que Soralla supo aprovechar al ser imagen de ese Oriente, al ajustarlo a la medida de su cuerpo y su audiencia.

Las imágenes de ese “occidental oriente”, retocadas por la tecnología cinematográfica y distribuidas a América Latina, a su vez se fusionaron armoniosamente con un gusto barroco, tan discutido y tan plasmado en campos como la música, la literatura, la arquitectura y la cocina. De esa fusión de imágenes se valió Soralla, exotizó todo lo que tocó y se exotizó a ella misma para poder jugar a ser lo Mismo y ser lo Otro. Jugó a ser la realización de una fábula de Oriente, un personaje que saltó de un libro de mil y una noches, una princesa vestida de utilería, fabricada con lo que Hollywood quiso que fuera Oriente y ella quiso que fuera Hollywood en ella. Tomando elementos del Oriente igualmente espurio que la industria fílmica mexicana aprehendía y reciclaba de Hollywood, los cruzó con creencias vernáculas y el resultado no fue otro tipo de orientalismo sino más bien un orientalísimo, imagen hiperdecorada, sobrecargada, excesiva, superlativa. Creó un personaje y con el cual improvisó durante años, sin olvidar ni la trama ni ciertas frases, estetizó las prácticas de brujería, los conjuros, los objetos. Inventó su propia estética del artificio, se vistió de profeta, codificó las prácticas

mágicas para venderlas como infalibles. Convirtió tinajas en ánforas, mecedoras en alfombras, pañuelos en turbantes, conchas y semillas en lentejuelas y piedras preciosas; adornó su cuerpo cubriéndolo de perlas, collares, enormes aretes y anillos, incontables pulseras, que eran a la vez amuletos y talismanes como fueron las joyas desde el principio de los tiempos y hasta que la gente olvidara su origen.

A la entrada de su consultorio, colocó una diosa con un prominente tercer ojo. Adentro, la decoración era “tipo oriental”, dice la gente, y aunque tenía un San Antonio (encargado por excelencia en el cielo de resolver amores en la tierra), el aire estaba lleno de fragancias que estimulaban los sentidos y la imaginación, perfumes de inciensos, resinas y mirra.

Y así hizo de la brujería, de la adivinación, un verdadero espectáculo. Formó sus túnicas de muchos retazos y tomó prestado tanto cliché y copió tantos estilos, hasta llegar a convertirse en un producto original de ella misma, en un elemento único, químicamente puro. Saltó a la abundancia escenificada en mil formas: disfraces, carroza, espacios en los medios. Ella, que empezó siendo un simulacro de adivina, fue tan buena simulando y disimulando, que logró crear una figura que ya no compitiera con las brujas reales, hasta llegar a ser una hiperbruja y abandonar para siempre su traje de replicante. Tal fue la forma que negoció de ser mujer en ese espacio y ese tiempo.

## LA VENUS ADIPOSA

Soralla tenía un cuerpo modelado por su tiempo y las cosechas de su útero prolífero. Soralla era grande hacia todas las direcciones de la rosa de los vientos, tenía brazos gordos y fuertes, tenía piernas anchas y un vientre espacioso, tenía unas enormes tetas de las que se alimentaron en total doce hijos. Tenía cuerpo de madre, de nodriza, de matrona, de madre primigenia capaz de parir y amamantar a la humanidad. Era

el cuerpo de las Venus adiposas del Neolítico Superior. Era hermosa, decían muchos hombres de la época. No se piense que por haberse renovado en Hollywood el prototipo de mujer bella, no se piense que por haberse inventado el bikini y por haberse usado la corsetería y los sostenes de copa en los cincuenta y por haber existido Marilyn Monroe, Brigitte Bardot y Tongolele, dejara Soralla de ser atractiva para los hombres. Las modelos nuevas tenían cuerpos producto de otra estética, nueva, alejada de la maternidad. En el cuerpo de Soralla, en cambio, se podía leer una vieja época, otros valores. Sus volúmenes aumentaban con el paso del tiempo y la gente pensaba que tal avance se debía a las horas que pasaba sentada atendiendo ansiedades ajenas. Pero su cuerpo se expandía conforme iba albergando en él cada vez a más hijos y más significados sociales. Gente del pueblo tanto como “hombres de la patria”, acudían a ella cuando los carcomía la incertidumbre. Y era su regazo el de la madre que regaña y aconseja, de la madre que contiene. Muchos de los que en la vida cotidiana se revestían de gran fortaleza, lloraban a escondidas ante aquel portento de madre que acunaba y a la vez retaba, que entendía y a la vez resolvía con risas y misterios los problemas más intrincados: todos los incluidos en el miedo.

Su cuerpo fue una pizarra donde estaban inscritas las historias rotas o mutiladas de la humanidad desde sus albores, desde las primeras pinturas rupestres hasta los últimos tiempos de un pequeño país encerrado en él mismo. Y en el cuerpo de ella, con cada paso que daba, seguía escribiéndose la historia. Su anatomía estaba marcada por distintos discursos, mecanismos, tecnologías, haciendo que funcionara como locus de mediación de distintos procesamientos de la subjetividad, su sexo de mujer, sus manos de arúspice y prestidigitadora, con más de un anillo por dedo y brazos llenos de pulseras, sus gestos y expresiones, su boca con sus labios y su lengua quemados por los juramentos.

Su cuerpo unía los contrarios y anulaba oposiciones, era la *coincidentia oppositorum*, su cuerpo era los contrarios reabsorbiéndose para alcanzar un estado de principio único. En y con ella se restablecía la unidad primordial.

## SOY SORALLA LA QUE NUNCA FALLA

Un día vio Soralla por su ventana que frente a su casa se estacionaba un carro tan elegante como el hombre que descendía de él acompañado por su chofer, y ella sacó sus conclusiones. Cuando lo tuvo sentado ante ella le preguntó: Don Otilio, ¿en qué le puedo servir? Él le contó que había escuchado de ella, que se decía que era muy acertada y que quería preguntarle qué veía en su futuro. Ella le dijo muy seriamente: “¡Ve a su chofer ir al Club Unión a traer un almuerzo con champagne para nosotros dos!” Don Otilio Ulate, por entonces ex presidente y eminencia de la alta casta política, le dio al chofer la orden respectiva. Ese día ella comió como lo hacían los ricos y bebió cual reina de copas. Cuando el almuerzo terminó Soralla le dijo: “Ya ve Don Otilio, es verdad que soy muy acertada”. Ese señorón fue quien ocupó la presidencia de 1949 a 1953, después de la guerra civil y la fundación de la Segunda República, representando al Partido Unión Nacional. No fue el único de los de su clase que la frecuentó.

Dicen que enviar por Soralla para que llegara a la casa presidencial fue una práctica de algunos presidentes. Algunos de los políticos que la tuvieron cerca acudieron a ella cuando eran candidatos, apelando seguramente no sólo a su habilidad para prever el futuro sino también como una forma de aprovecharse de sus posibilidades de influir en sus seguidores. Cuando eran presidentes insistían en su asistencia, aunque algunos tomaban la precaución de llamarla por su nombre de pila.

Cuentan sus familiares más cercanos que el chofer de Daniel Oduver, Presidente de la República entre 1974 –

1978, llegaba en uno de los automóviles presidenciales por Soralla para llevarla a pasar un rato con su jefe, quien tenía períodos de tristeza o depresión. Dicen que almorzaban o cenaban juntos, que conversaban unas dos horas y que luego, la enviaba de vuelta con su chofer, agradecido por haberle aliviado la carga que significaba su puesto de primer hombre de la patria. Nunca sabremos si el presidente la quería para leer las cartas y hablar del futuro; tampoco eso importa. Posiblemente acudían a ella por la combinación de atributos con la que contaba: era muy inteligente y aguda, era simpática, conocida como acertada con sus predicciones y consejos, era divertida, irónica, era una madre. Y ella rehacía así su identidad, subía su estatus, como lo venía haciendo desde que inició sola su camino por la vida pública, con disputas, con negociaciones, desde una posición que cambiaba según sus interlocutores, y esos en especial, esos políticos de muy alto o de alto rango, esos le gustaban.

## SORALLA Y EL DIABLO

Soralla era ocasional compañera de tragos de un “diablo rubio”. Muchos habrán creído que por su profesión o por sus prácticas, que muchas iglesias desde un temor medieval llaman diabólicas, ella comulgaba con el diablo, pero en realidad de eso no hubo nada. El así llamado “diablo rubio”, que siempre andaba pistola y que una vez que otra practicó delante de Soralla el tiro al blanco disparando contra las botellas de whisky de alguna cantina, era el señor Frank Marshall, quien en 1948 y a sus 24 años fuera jefe del Estado Mayor. Este diablo había sido uno de los hombres de Pepe Figueres durante la guerra civil, más tarde, fundador del grupo Acción Cívica Revolucionaria y dos veces diputado. De él hay varias memorias. Unos lo odiarían a muerte hasta su propia muerte por haber peleado en el bando contrario y por haberlo hecho con tanta locura y osadía. Otros lo recordarán como uno de los hombres que arriesgaron la



vida por defender el sufragio y sacar a los enemigos de la democracia del gobierno y del país. Las mujeres lo recuerdan como un guerrero guapísimo, de cabellos de oro, dientes de perla y labios de rubí, un hombre grande “que parecía un soldado alemán”, un rubio que bien pudo haber sido actor de Hollywood. Pero más parecía haber aprendido de las películas de machos de la revolución mexicana, el “diablo rubio” cargaba no pocos muertos en sus espaldas: a unos los liquidó personalmente, a otros, acusados de espías, los mandó a liquidar con la orden inalterable de “¡fusilen a ese cabrón!” y a otros los hizo bailar disparándoles a los pies. Lo que ninguno de los que estuvieron cerca del Diablo olvida son las sonadas borracheras con las que celebrara el triunfo durante las grandes gestas de la revolución.

En el gobierno de Francisco Orlich de 1962 a 1966 ¡este “diablo” fue Ministro de Seguridad Pública!

Para cuando Soralla de Persia trabajaba en la radio, en el centro de la capital, el “diablo” tenía una oficina en frente, y ya estaba retirado de la política pero no de diablo, de modo que a veces la invitaba a acompañarlo para tomarse un trago. Por supuesto que se conocían desde antes y que él, con tal compañía, no desaprovechaba la oportunidad de preguntar por presagios, “Soralla” -le decía-: - “decime qué tienen las cartas para mí”.

## SORALLA DE PERSIA Y EL SEÑOR PRESIDENTE

Las décadas de gloria de Soralla fueron las mismas de la gloria del proyecto “socialdemócrata”, que tuvo al último de los caudillos como su padre. Don Pepe surgió gracias a la existencia del Gran caudillo de los años cuarenta, a quien él perfiló como su enemigo, a quien ofendió en un discurso radial y por quien había conocido la cárcel, el exilio, las dictaduras feroces de Centroamérica y a sus indios tristes. Ambos caudillos crecieron al calor de una tradición que propiciaba a los de su clase. El otro, era un doctor narigón y

elegante, católico conservador, que había hecho las reformas sociales a principios de los cuarenta y a finales había intentado regresar a la presidencia contra la voluntad del voto. Don Pepe, quien había emergido de ningún cargo político, sin apellido fino ni finca de café, y quien al regresar del destierro había estado esperando impaciente el momento de liquidar a su enemigo, logró el artificio de un improvisado ejército insurgente y lo derrotó.

Hay varias versiones que de diversas formas relacionan a Soralla con Pepe Figueres: su familia dice que eran amigos, la gente la recuerda abrazándolo en fotos y actividades callejeras y los relatos de esa relación empiezan antes de que ella surgiera. Dicen que Don Pepe y el esposo de Virginia se conocían y también dicen que era su compadre, pues había llevado a la pila bautismal a uno de sus tantísimos hijos. El origen de la relación es vago y no interesa, pero el nexo es indiscutible: para alegría o furia, para honra de algunos o deshonor de otros, Don Pepe marcó la vida de todos los costarricenses de sus tiempos.

Soralla era liberacionista y siempre declaró su adscripción, más que oficial, sentimental, hacia el Partido Liberación Nacional y la devoción a su líder, forma en la que según la costumbre, “se hace política” y se es ciudadano. En aquella Costa Rica dividida en dos bandos después de la guerra civil del 48, obviamente Soralla había quedado del lado de los vencedores. De modo que cuando Soralla alcanzó todo su esplendor, estuvo a la altura de interpelar al caudillo cuando se diera la oportunidad y de dejarse retratar sonriendo abrazada a aquel hombre tan pequeño, que aún así era y es para muchos el más grande de la historia del país.

Soralla y Don Pepe tenían características en común: tenían lengua larga, eran poderosos, intempestivos, ególatras, manipuladores, caprichosos, autoritarios, grandilocuentes, severos, conspiradores, amantes de las alturas, perseverantes, dirigentes natos, incansables, poseedores de la verdad de cada uno de sus reinos que coexistían sin competir: Don

Pepe se encargaba de gobernar y Soralla se encargaba de los gobernados; mientras Soralla predecía sus destinos, él los ordenaba por decreto. Cuando ambos tomaban la palabra, buscaban en los archivos de sus cabezas creativas los sustantivos y adjetivos más rebuscados de la lengua, que ordenaban para decir y axiomatizar lo grande y lo banal, lo pensado y lo improvisado, lo cierto y lo que en ese momento se hacía verdad en sus bocas. Esas frases las combinaban con palabras de pueblo que hacían reír a sus escuchas. Si Soralla se veía como lectora de astros y semejante a los tres reyes magos, Don Pepe, cuando se miraba al espejo, veía a Simón Bolívar y a José Martí.

Nada es digno de asombro si se piensa que ambos surgieron de la nada, es decir, de ellos mismos. Ambos poseían gran inteligencia, pues ninguna de sus características estaría en la descripción de un tonto. Si Soralla se sentía, como lo declaró en su biografía, cabeza del Templo del Gran Oráculo Universal, don Pepe se sentía líder de la Revolución Universal, para ambos, el país, el continente o el mundo, eran poca cosa para desplegar su filosofía e imponer su presencia. Si Soralla se sentía superior por llevar la sabiduría del Oriente en su cabeza, don Pepe se sentía superior por llevar sangre catalana en sus venas. Soralla y don Pepe eran tan seguros de sus acciones, que ella regañaba a sus pacientes y les daba órdenes maquilladas de indicaciones, independientemente de su clase, su edad y su género y él llegó a indicarle con tono alzado a Fidel Castro sus errores, sus deberes y los cambios que debía hacer para alinearse en el camino de la democracia, que para él y en Costa Rica, era lo que él decidía que fuera, así como la astrología era para Soralla lo que ella hiciera y punto.

Pero a pesar de tanta similitud había entre ellos una diferencia fundamental, estructurante: Don Pepe, aunque carecía de estudios y de pasado aristocrático, cosa inusual en los presidentes de hasta entonces, aunque se decía de él que “le faltaba un tornillo o todos”, él era hombre. Era un hombre

que se había propuesto el camino de la política y “la lucha sin fin”, y para llegar a su máxima aspiración, había sido un aguerrido luchador, cabeza de un grupo de improvisados soldados que después de muchas balas lo habían hecho caudillo para siempre. Así, Don Pepe era el protagonista de la lucha que sus seguidores y detractores convirtieron con el paso del tiempo en saga, en mitología fundacional expresada en libros de historia, y que lo destruían o cantaban su epopeya; daba lo mismo, en él todo sumaba para su grandeza. Don Pepe era hombre, condición por la cual tenía acceso, ya antes de nacer, a particulares relaciones sociales, necesarias para llegar a la cumbre en la jerarquía política, había nacido con el sexo y sus permisos para ser cabeza de un movimiento, para ser padre de muchos, para representar a una Nación.

Soralla, en cambio, era mujer y así hubiera sido la más docta e ilustrada de las damas todas, su sexo, que antes de nacer ya le había puesto un niño en su vientre, una cuchara en una mano y una manzana en la otra, su propio sexo hubiera sido la mayor de sus barreras si se le hubiera ocurrido atreverse a poner sus pies en el sendero de la política.

Entonces don Pepe se convirtió en mito, en modelo ejemplar para el quehacer humano, en figura reveladora de las estructuras de la realidad y la forma en que se mueve el mundo, instituyendo el comportamiento esperado de parte de la colectividad; los hombres deberían imitar su vida y repetir sus gestos. Hasta el día de hoy, cada vez que la situación lo amerite, sus actos de locura se olvidan y sus actos asociados a la valentía vuelven a ser invocados como muestra máxima de hombría y amor a la patria.

Soralla por su parte se convirtió en símbolo, naturaleza irracional, imagen de lo femenino establecido, madre buena y mujer perversa, en bruja que puede ayudar, seducir o destruir, y mezcló esto con elementos nuevos desde lugares nuevos. Así, Soralla nos mostró que la imposición de modelos, de discursos y de sentido, desde las instituciones que regulan

la vida de la gente, y lo que sucede en el espacio de su recepción, son dos cosas separadas a la vez que cruzadas. Al apropiarse de discursos y figuras oficiales y poner a circular esa apropiación, dejó al descubierto relaciones contradictorias y tensas que se generan por lo plural que suelen ser los modos de comprender esos discursos, de seguirlos o subvertirlos, de crear a partir de ellos, de asimilar las metanarrativas fuera de la clase política y letrada. Y al estilizar esa imagen, logró convertirse en icono.

Pero ambos, mito y símbolo, fueron materia prima de la orientación “religiosamente laica” de sus tiempos, ambos brindaron una guía que transformaba la angustia y el caos en cosmos y devoción, que salvaba la existencia del hundimiento en el sinsentido, en los problemas personales, para pasar a valores colectivos haciendo posible la vida, situando a las personas en el corazón de la realidad edulcorada por los rituales que cada uno inventaba.

La muerte irrespetuosa le puso fin al juego. Entre el inicio y el final de los ochenta murieron tres grandes personajes de la vida costarricense: don Pepe, Soralla de Persia y el proyecto “socialdemócrata”. A Don Pepe lo mataron los años, a Soralla el cáncer y al proyecto “socialdemócrata” la larga fiesta de la corrupción. 1990, año de la muerte de don Pepe, el último de los caudillos, fue también el año en que empezó a gobernar el hijo del otro caudillo, de aquel quien fuera su rival por excelencia, el enemigo que con sus acciones le había dado el más grande de los regalos que recibiera Don Pepe en vida: la oportunidad única de convertirse en héroe y soberano. Al hijo de su archienemigo le siguió en la presidencia el propio hijo de Don Pepe. Ambos llevaban el mismo nombre y apellido de sus padres. Como candidatos y gobernantes, resultaron figuras tristes, desprovistos de la herencia del brillo y la malicia de sus padres, de sus cualidades de tiranos, de la fuerza de sus miradas y el plomo de sus palabras, ambos eran niños huérfanos, perdidos en aquel trono, sin fuerzas para sostener el cetro y desconocedores del reino que habían

heredado pero sí con fuerza para hacerle daño. La figura de sus respectivos padres los habían aplastado desde la cuna y ellos, como quien despliega un instinto de venganza, cada uno en su turno de cuatro años se dedicó, parricida, a desmantelar la Costa Rica que aquellos caudillos durante décadas habían inventado, ya desde el poder, ya detrás de él, ya para bien o ya para mal. Pero ninguno de los padres vivió para morir de esa desilusión. El neoliberalismo se hizo costarricense y el descalabro político se mostró en su paroxismo en el 2004, con dos expresidentes en la cárcel, uno de ellos hijo del caudillo Calderón Guardia, y un tercer expresidente, el hijo de Don Pepe, en fuga descarada por Europa hasta el día de hoy.

#### EL CUARTO DEL LLANTO Y EL OTRO LADO DEL ESPEJO

Soralla daba a cada uno de sus pacientes una receta personalizada y efectiva para problemas concretos, venida de una gran inteligencia y un agudo sentido común, y de ciertas técnicas propias asociadas con la intuición. A los días, la gente volvía a aparecer por su consultorio para darle las gracias por los milagros concedidos. “Ella”, cuenta “El Flaco”, “adivinaba el futuro y el presente y el pasado y... ¡hasta el pluscuamperfecto!”.

Soralla permanecía en San José durante el tiempo lectivo de sus hijas y luego pasaba los meses de vacaciones yendo de pueblo en pueblo. Cuando ya gozaba de fama, su llegada era anunciada con anterioridad por la radio local, y al montar su carpa ya los que esperaban eran muchos. Permanecía lo necesario y luego pasaba al próximo pueblo.

De sus formas de trabajar sabemos que era autodidacta, había aprendido por ejemplo a leer las cartas, sabemos que era curiosa y conoedora de plantas, que preguntaba y memorizaba los poderes curativos de las hierbas comunes que a menudo recetaba. También sabemos que sus indicaciones eran claras: “váyase con tranquilidad, báñese con esto tres

veces al día durante dos semanas consecutivas y tenga esto cerca de su tocador”, o: “señor, no se preocupe más, ponga este talismán debajo de su almohada y ya verá como se arregla la cosa en un mes”. A las feas ordenaba maquillaje, “Cómo te va a querer tu marido?”, les decía, “si mirá lo fea que andás... ¡arreglarte, mujer, ponete bonita!, no seas tonta”, a los mal vestidos les ordenaba un traje, a los desdentados los hacía volver con dientes nuevos. A los hombres que se quejaban de la infidelidad de sus esposas les ponía en entredicho sus cualidades de buenos amantes: “vos debés ser malo en la cama, si fueras bueno tu esposa nunca se hubiera buscado a otro”. Solía ordenarles a todos: “tenés que quererte!”. Era sagaz, dueña de sentido común, capacidad seductora, intuición y conocimiento de los fantasmas comunes que habitan al ser humano. Era, coincidieron los que cuentan de ella, una “psicóloga natural”.

De las bolsitas y recetas de Soralla no se puede hablar mucho, no porque su contenido haya sido secreto, producto de la alquimia y los conocimientos ancestrales, sino porque éstas eran una más de sus formas creativas de enfrentar su profesión, de divertirse, de manejar eso que ella sabía de formas no académicas y muy efectivas de la psique en general, sus recetas eran cualquier cosa que estuviera a la mano: piedras, plumas de un almohadón, trozos de algún vidrio quebrado, sales teñidas; lo que su mano tocara quedaba convertido en un talismán infalible.

Dicen que antes de entrar a contar sus penas, los pacientes esperaban en una salita que tenía un espejo. ¿Cuántos pueden haber resistido la narcisista, la humana tentación de ir y mirarse al espejo y asegurarse de que su apariencia estaba en perfectas condiciones? Posiblemente muy pocos. Y el espejo, cuenta “El Flaco”, era parte de otra técnica. Cuando la gente se acomodaba el pelo, se estiraba la camisa, se aflojaba el cuello, se retocaba la pintura, Soralla observaba del otro lado. Hacía una lectura semiótica, recorría sus cuerpos, miraba el detalle en sus ojos, sus adornos, sus

gestos, su forma de vestir, de pararse, sus manos, sus arrugas, su expresión. Leía los tacones de los zapatos y de acuerdo a la forma de torcerlos o gastarlos ya contaba con información valiosa. Todo en el cuerpo de sus pacientes era una cadena intrincada de signos claros para averiguar personalidad, situación económica y dramas de quien la requería. Recorría los signos de quienes miraban su reflejo en su espejo mágico. La mirada secreta de Soralla sobre los cuerpos de sus pacientes ordenaba en repertorios lo observado.

La clarividencia le revelaba los consejos con que aliviaba a la gente y éstos le eran revelados a saber por cuáles fuerzas que no estamos por atrevernos a negar. Lo seguro es que eran leídos en las caras marcadas por la preocupación y el insomnio, caras que para Soralla eran libros abiertos y mil veces consultados. Ella manejaba esos saberes que no otorga la academia.

Pero no siempre fue así. Al principio se tomaba el tiempo para que las personas que empezaban a contar sus males lo hicieran en medio de un llanto molesto, que cortaba todas las palabras. Luego vio que el llanto era irremediable y contraproducente, pues le alargaba demasiado cada cita, la gente tenía tanto que llorar, que la hacía perder tiempo mientras más dolientes se acumulaban en la sala de espera. Entonces inventó el cuarto del llanto, un lugar idóneo a donde enviaba a llorar a los carcomidos por las incertidumbres para que descargaran todo el peso de la pena. Así, cuando una persona llegaba y le decía: “pude ser feliz y estoy en vida muriendo, entre lágrimas viviendo el pasaje más horrendo de este drama sin final”, ella la mandaba al cuarto del llanto, al que la gente entraba y lloraba, lloraba sola y lloraba en grupo, lloraba todo lo que tenía acumulado, lloraba todas esas lágrimas retenidas a fuerza de aceptar los designios inescrutables de Dios, lloraba pérdidas y lloraba ganancias, lloraba todos esos boleros que se le habían hecho verdad, lloraba lo necesario para luego poder hablar serena y recibir los consejos, los mandatos, las indicaciones para



las estrategias, las jugarretas y artificios que necesitaba para seguir viviendo.

Por tanto, Soralla no realizaba ritos mágico-religiosos en su estricto sentido, pues no había metodología a la que obedeciera, no se trataba de un conjunto de normas, de actos reglamentados para un cumplimiento exacto, sistemático y cíclico, cuya ejecución perpetuara círculos temporales. Sus actos eran impredecibles, desligados de tradiciones asentadas en el inconsciente colectivo. Sin embargo, la valoración religiosa o mística de los objetos no era problema, algunos de procedencia católica ya contaban con su significado establecido hacía siglos, otros, los exóticos, adquirirían un halo sagrado por su ubicación en un espacio cargado simbólicamente, que hacía brotar la fe en la acción de las fuerzas sobrehumanas.

## LA OTRA DIVA Y LA MEMORIA

Además de Soralla, había en el San José de esas décadas otra mujer que también se había inventado a ella misma y había logrado cautivar al pequeño gran público nacional. Carmen Granados, en su papel de Rafela, fue diva de la radio y la televisión. Se hizo grande, como se hicieron muchas personas en todos los países del continente desde los inicios de la radio, parodiando, burlándose de la forma de hablar del iletrado, del inmigrante del campo a la ciudad, de ese campesino degradado en los medios que lo presentaban como una persona que vivía perdida, que no entendía nada, torpe, enredada, que hablaba a medias y al revés sin poder descifrar los códigos urbanos. Era una burla desprovista de crítica y de base real. Al contrario del célebre Cantinflas, en cuyas películas se puede leer una denuncia de la desigualdad, del desamparo de los inmigrantes que recibe la ciudad en busca de las oportunidades de la vida moderna, muchos de los cómicos que decían imitar al campesino establecían y reforzaban, apoyados por los medios, prejuicios relativos

a los mundos “premodernos”. Las instituciones culturales agradecían la dramatización de los prototipos nacionales y la reproducción del discurso oficial. Rafela, auto denominada “el alma nacional”, fue vista así por todo el país y premiada por sus “aportes a la cultura”. Así como otros folkloristas que decían rescatar algo que más bien inventaban.

A Soralla en cambio, no se le podían rendir homenajes, ni en vida ni póstumos, que le dieran claramente un lugar sobre la alfombra roja de la cultura oficial. Esa localización habría puesto al descubierto las contradicciones de las políticas culturales y su vulnerabilidad ante los medios de comunicación y las prácticas tradicionales.

A ella no se le conmemora porque no es sustento de valores para aquellas tradiciones que se inventan. Nadie vigila su recuerdo para que permanezca en la memoria colectiva, no es parte del imaginario oficial, no hay por ella memoria como mandato. Si a pesar de todo permanece en el recuerdo, es porque se le asocia tanto con acontecimientos sumamente personales, como con eventos nacionales. La evaluación positiva o negativa del encuentro con ella ha quedado como anécdota entre la gente que se atreve a contar que un día acudió a la vidente para ahuyentar poderes adversos o para resolver un conjuro. No se manda a recordarla porque tanto pluralismo no ha sido puesto en práctica, su figura no es útil para reforzar ninguna identidad deseable. Sin embargo tampoco se le negó la pertenencia a la Nación, se le “permitió” meterse por alguna de las grietas de los discursos oficiales y ella se expuso, se exhibió y halló a las masas, constituyó su comunidad nacional radioescucha y televisiva y recibió el aplauso gozoso, producto de la avidez de espectáculo, de consuelo, de una orientación que no daba la escuela, como institución del estado, ni la iglesia. Ese aplauso constante incrementaba su poder, reafirmaba su papel, su actuación era limpia y verosímil.

Lo de Soralla no fue sátira, ni su vestuario ni su discurso parecían ser imitaciones burlonas, nunca dejó

ver con sus actos una interior creencia de ser copia de algo que tuviera una existencia “normal”, su personaje no era presentado como salido de su sentido del humor; lo de ella era el pastiche. Su diseño del concepto tenía como corolario las imágenes expuestas por las industrias culturales pero era presentado como un diseño serio. Con él habló para todos los estratos sociales apropiándose de los adelantos técnicos que iban llegando al país en modernización, con él se ofrecía como intermediaria entre su gente y las fuerzas invisibles, benévolas u hostiles del mundo sobrenatural. Lo de ella fue el reciclaje cultural, pues más bien actualizó material proveniente del pasado y le agregó más, ya utilizado por la industria cinematográfica, y lo re-significó todo.

Así, su uso de los medios pareció borrar estrictas divisiones de variados tipos: señoras de la clase alta le entregaron sus joyas, políticos la visitaron y consultaron sus predicciones antes de las elecciones y a la vez fueron escuchadas por miles. Gracias a los medios atravesó clases y grupos sociales y se convirtió en icono popular y pop, legitimado desde abajo y desde arriba. Los medios le dieron la visa para atravesar, para migrar de culturas populares a culturas de elites, dando la impresión de que no siempre existe el límite claro entre ambas y la estratificación social en ciertos objetos culturales.

## FRAGMENTOS DE LA BOLA DE CRISTAL

Soralla predijo, días antes de su anuncio oficial, la llegada de Jimmy Carter a la presidencia de Estados Unidos. Alguien se le acercó luego y le preguntó con asombro cómo había visto con anterioridad ese triunfo que pertenecía al futuro. “Es muy fácil”, dijo, “yo leo periódicos”.

\*\*\*

La familia de Soralla es muy numerosa, entre hijos y parientes alcanzan cientos. Un día, ella se fue con un grupo

pequeño de ellos, serían más o menos diez, a almorzar a un restaurante de la capital, muy gustado por esos tiempos.

Era domingo y no había ni una silla libre. Una gran familia almorzaba contenta ocupando varias mesas. Soralla se acercó e hizo su advertencia: ¡si no me ceden estas mesas mañana amanecen muertos!

Y Soralla almorzó contenta con su familia.

\*\*\*

## LAS DENTADURAS Y LA FE

La familia materna de Soralla, los Meza, eran todos dentistas o mecánicos dentales, eso a lo que antes se le llamaba sacamuelas o empíricos. Alguno había empezado y les había enseñado a otros cuatro Meza que le habían enseñado al resto y luego otros cuatro habían estudiado en la universidad y seguían enseñándole a más y así se multiplicaban en las cuatro provincias del Valle Central hasta que alcanzaron números míticos. En un programa radial muy popular se hizo una cuña publicitaria con la unión de dos:

¡Si es Meza es dentista y si es Bayer es bueno!

No se crea que la Bayer financió a medias con los Meza semejante estrategia de marketing, pero debe haber aumentado sus ventas y los Meza su clientela, la radio es poderosa como un dolor de muelas.

La mamá de Soralla era mecánica dental. Ella y un tío tenían una especialidad: cuando llegaban las gentes a encargar una dentadura nueva, les preguntaba si creían en dios o tenían devoción por alguna virgen. Si así era, ella les ofrecía, por unos pesos más, incrustarle al paladar de la dentadura postiza una medalla de la imagen venerada, para mayor protección. También ofrecía incrustarle a los nuevos dientes una piedra de algún color, que le diera brillo a la sonrisa por estrenar. Quizá, fue así como Soralla

aprendió la magia del brillo y los colores y también que la fe es independiente del santo, de la virgen y del dios.

\*\*\*

- “Durante algún tiempo, yo vi llegar a Soralla una vez por semana a las oficinas centrales del Correo y recoger todas las cartas que le llegaban con billetes adentro. “Ahí trabajé yo por treinta años” -dice don Omar Solís- “y ella se llevaba en un día más de lo que yo ganaba en un mes de trabajo”. Era una mujer linda y muy arreglada, entraba bullanguera y llevaba un par de bolsas con las cartas. Luego se despedía y al bajar las gradas se volvía y decía adiós con la mano, sosteniendo con el pulgar todas aquellas declaraciones de angustia que habrían de disiparse con la llegada de los carteros que distribuían papelitos de colores con recetas infalibles a los corazones rotos de los rincones del país.

Uno de esos días agotadores, llenos de consultantes, llegó uno con un apuro muy particular: “Soralla”, -dijo- “dígame si usted tiene una piedra que me haga invisible, estoy seguro que mis amigos hablan muy mal de mí y yo necesito escucharlos sin que me vean”. Soralla era de reacciones rápidas: “sí tengo, pero tengo sólo una, así que se la voy a prestar pero me la cuida muchísimo y me la trae inmediatamente después de usarla, es única y la traje de muy lejos”. El señor regresó pocos días después a devolver la piedra: “Soralla ¡se lo dije!, ¡si yo lo sabía!, con la piedra en la mano fui a la cantina donde mis amigos se reúnen y me senté ahí sin que me vieran. Lo escuché todo, de mí dicen barbaridades, aquí está la piedra y le agradezco mucho”. Y así, Soralla vio salir de su consultorio al hombre más solo del mundo.

## LOS “TORNILLOS FLOJOS”

Una persona señalada como loca, dista mucho de una persona tachada de tonta, un loco suele resaltar por alguna

genialidad, por una forma particular de proyectarse, por la utilización, para bien o mal, de ciertas formas de expresión que están fuera de la norma, que son, pues, anormales. Estas personas suelen tener menos sentido del ridículo, menos ataduras a convenciones en cuanto a comportamiento adecuado y suelen ser menos vulnerables, o manejar con destreza la crítica o la burla de los demás. Ubicados entre el repudio y el amor masivo, estos personajes encarnan los miedos y deseos de muchos y se podría decir que todos tienen una herramienta en común: el uso de su cuerpo para la construcción de un personaje desde el cual buscar un lugar único en la sociedad.

Por aquellos años setenta, Soralla no estaba sola con sus representaciones, con sus disfraces, con su fusión de persona y personaje. Hubo una concentración especial de “tornillos flojos”. Enredadas entre la política y la vida pública general, había un par de figuras que, para los cánones normales, rozaban la locura. De Soralla nos hemos ocupado bastante, aunque no esté agotado su tesoro. De Don Pepe se podrían contar anécdotas sin fin, actos acompañados de frases que, viniendo de un presidente de la república, de un caudillo de la talla que él quería ser, eran para unos hombría y valor y para otros, meros disparates sin pies ni cabeza. Infinitas anécdotas en bocas y libros recuerdan a Don Pepe como una persona fuera de la norma, un hombre que entraba en escena con malabares que le henchían el corazón a unos y le hinchaban el hígado a otros, un pragmático de medidas que atendían a lo que para él era la lógica y el sentido común y no la puesta en práctica de la teoría política.

Por esa época vino a sumarse a ese grupo, un ciudadano muy particular llamado Gerardo Wenceslao Villalobos, razón por la que tuvo que acortar su nombre. Es difícil que, quien en ese entonces haya tenido una edad mínima para registrar escenas de la vida política, ahora lo haya olvidado. G. W era el dueño del Instituto Politécnico, ubicado en el centro de la capital, donde brindaba a gentes sin camino hacia

el éxito profesional, herramientas mínimas para una vida mejor, que iban desde los secretos de la mecanografía hasta los del poder de la oratoria. Era un hombre furioso con los líderes políticos tradicionales y cuando éstos le colmaron la paciencia decidió ser, él mismo, el candidato a presidente que la república necesitaba. Entonces fundó su propia tendencia, bautizándola con el nombre de Partido Rebeldía Nacional y creó la consigna más contundente y original que recordemos, aquella que rezaba: “G. W, el pueblo está con tú”. Montado en su yegua la Gitana, cual Quijote luchando contra los gigantes montados en los puestos políticos, se paseaba por las principales avenidas de San José hablando cuatro pestes de ellos, sin escrúpulo ni recato alguno, y proponiendo mil soluciones venidas de su propio puño. De esta insólita manera, su partido logró acumular más votos que la izquierda con sus sindicatos y su trabajo de base, lo cual él mismo explicó con una frase corta y elocuente: “en este país tenemos más charlatanes que comunistas”. Su forma sencilla de hablar, idéntica a la del pueblo, su humor, sus mil chistes, hacían de sus discursos espectáculos pirotécnicos aplaudidos por masas y sus actos ridículos ridiculizaran a los políticos, blanco de su cuerpo irreverente. Uno de sus mayores adornos, además de los varios disfraces que lució, eran sus prominentes patillas, iguales a las del rey Elvis Presley, a las del erótico Sandro, a las de Tom Jones la “bomba sexual”, a las de cualquiera de aquellos modelos de macho de caderas sueltas, por quienes las mujeres perdían el conocimiento de tanto deseo, después de arrojar al escenario sus prendas íntimas en agradecimiento por las gotas de sudor que llegaban desde los escenarios.

¿Quién podría ahora repetir los discursos televisivos disparatados de G.W., sus críticas despiadadas y graciosísimas a los gobernantes, sus tertulias analíticas sobre la situación del país, con su léxico hecho de ingredientes rurales y de lo que ya entonces se conocía como el idioma pachuco de San José? ¿Quién no lo recuerda convertido en antihéroe, con la bandera de Costa Rica amarrada al cuello cual capa, subido

en un árbol defendiendo a la patria de lo que él consideraba una vergüenza: albergar a Robert Vesco, un gringo fugitivo de la justicia, protegido por gente del Partido Liberación Nacional, cuya puerta G.W agujereó con todos los tiros de su pistola? ¿Quién no lo recuerda retando y luego batiéndose en el ring, en lucha libre con temibles personajes, todo para poder ganar protagonismo y extender su pliego enorme de peticiones sin posibilidades a gobernantes y gobernados? ¿Quién olvidó la vez que Daniel Oduver lo recibió en Casa Presidencial y después de oír sus quejas y ambiciones sociales y políticas, le regaló su propio reloj que después, nos contó él mismo, vendió o rifó para financiar su campaña política? No se crea que su estilo era de bajo presupuesto, un par de veces, para asombro de muchos, una plaza pública suya era iniciada con su descenso desde los cielos a la playa en un paracaídas. Los cuentos dan para un buen largometraje.

La lista no acaba ahí, otro de los integrantes de ese grupo, surgió de la manifestación contra “Alcoa” en 1970, la empresa estadounidense que pretendía explotar bauxita en el Valle del General, cuyo plan macabro desató la más grande protesta en las calles que había vivido la historia del país, hasta que llegó la amenaza neoliberal y luego el Tratado de Libre comercio.

Fernando Coto, conocido como “Cotico”, es hijo de Fernando Coto Albán, que en esos tiempos era un serio y respetable magistrado y presidente de la Corte Suprema de Justicia y de Virginia Martén, primera mujer del país que como abogada se sumergió verdaderamente en los vericuetos del oficio de litigante. Cotico fue líder estudiantil y llegó a ser presidente de la FEUCR (Federación de Estudiantes de la Universidad de Costa Rica) a mediados de los setenta. Se hacía acompañar de un caracol enorme al que llamaba “el carapacho”, que sonaba fuertísimo y al ser soplado por Cotico y escuchado por los estudiantes en sus aulas, Cotico era el Flautista de Hamelin, que con su música llamaba a los niños que dejaban a sus profesores hablando solos



e iban tras él. La muchedumbre lo rodeaba y lo animaba y él bailaba sus danzas rituales pertenecientes a ninguna cultura y a cualquiera, mientras se iba quitando la ropa. Bailar semidesnudo al ritmo de su caracol, era una de sus actividades políticas favoritas, pues lejos de los discursos de la izquierda y la derecha tradicional, Cotico, proponía una derecha bastante suya, con un lenguaje lleno de palabras que nacían en ese momento y ahí mismo eran aprendidas y transmitidas por sus oyentes hasta fusionarse con el lenguaje cotidiano de gentes que no llegaron a bailar nunca con él. Y su danza en calzoncillos hacía temblar a los guardianes del orden y la moral, y confundía a los que se sentían lejos de la moral y cerca de la vanguardia.

Si como hombre ya hacía falta ser poderoso o suficientemente “loco” y atrevido, para saltar en la arena pública, como mujer hacía falta aún más osadía y más locura, que no tuvo nadie como Soralla.

Algo muy serio pasó después: los gobiernos se llenaron de tecnócratas ocultos tras un disfraz, para todos idéntico, de político de saco y corbata, no menos charlatanes pero sí desprovistos de sensibilidad social, de originalidad y creatividad y por cierto demasiado aburridos.

## FLORES PARA EL RECTOR

En 1981, Fernando Durán Ayanegui, quien presidía la Asociación Costarricense de Autores de Obras Artísticas, Científicas y Literarias y había sido el decano de la Facultad de Química, vivía su candidatura en las elecciones para ocupar uno de los puestos de más prestigio a nivel nacional: el de rector de la Universidad de Costa Rica.

“Yo sabía de Soralla,”, dice don Fernando, “ya la había visto en el periódico y también en su espectacular carro, completamente adornado... todo lo niquelado que encontraba se lo ponía. Además en la radio tenía un programa en el que hacía adivinación y daba consejos. También sé que

asesoraba a políticos... yo lo veía como una cosa folclórica sin más...". Y entonces recuerda que uno de esos días cerca de la elección, Soralla lo llamó por teléfono para desearle suerte. Él no entendió por qué. El mismo día de las elecciones don Fernando llegó temprano al trabajo, entró a su oficina, cerró la puerta y pensó: "...otra fecha capicúa, hoy es 18.9.1981, parece que me persiguen ...", se acordó de la fecha en la que defendió su tesis doctoral en Harvard, era el 17.9.1971 y entonces tuvo una certeza: "...de modo que la fecha de mi muerte también será capicúa...".

Perdido en esos presagios estaba cuando llegó para él un ramo de flores que no era de esos corrientes, que tienen ya listos las floristas para los amantes apresurados, era el mayor ramo de flores que sus atónitos ojos y los de sus secretarías habían visto, "...era un ramo monumental, ¡una cosa esquizofrénica!", dice don Fernando, todavía sonriendo como si lo tuviera enfrente. Las secretarías enmudecieron al ver a don Fernando perderse entre tanta flor y dentro del ramo encontró una tarjeta con un recado: "Usted tranquilo, tiene el triunfo asegurado. Soralla de Persia". La tarjeta de Soralla repetía la predicción que días antes le habían hecho también las cartas del tarot, leídas por un compañero. Días después de que ganó el puesto de rector, don Fernando la llamó y le agradeció el gesto y conversaron un rato "era una mujer muy simpática, le conté a mucha gente la anécdota de las flores, que fueron las únicas que recibí ese día."

El rector empezó la nueva vida que le trajo su cargo, y en la que permaneció hasta 1988, Soralla siguió en la vida que tenía ya hacía rato, con su cargo de adivinadora de las raíces de las angustias del alma... y el tiempo siguió pasando.

El rector supo más de ella: "... había sido la esposa de un señor Martínez, allegado a la política... muy apreciado, que fue nombrado cónsul en Honduras por el Partido Liberación y ella anduvo cerca de Daniel Oduver y de un ministro de don Pepe y por ahí de otros políticos".

Uno de esos días normales de trabajo de rector, la secretaria se acercó a don Fernando: –“tiene una llamada, es Soralla de Persia”, dijo sonriendo con malicia. Después de un gran saludo, rimbombante como el ramo de flores, Soralla le contó a don Fernando un problema: “me están molestando, quiero poner un rótulo en mi casa anunciando mis servicios y la municipalidad no me deja”. Don Fernando se quedó pensativo, preguntándose por qué acudía a él si como rector poco o nada podía hacer. Pero tuvo una idea brillante, como todo lo que le gustaba a Soralla: “bueno”, le dijo el rector, “entonces ponga un rótulo que diga se venden empanadas astrales y eso también lo anuncia en la emisora y ya verá.” Dicen que Soralla nunca puso tal rótulo, que jamás una reina oriental habría de hacerse anunciar con oficio tan plebeyo, pero tiempo después ella lo llamó para agradecerle la idea y el rector se reía pensando: “lo que es la vida, terminé yo dándole un consejo a la consejera”.

La última vez que se vieron fue por casualidad. El rector venía saliendo de la cancillería y al bajar las gradas reconoció “la carroza”, parqueada ahí al frente con todo su esplendor y vio a Soralla. Lo que más le sorprendió es que la vio muy parecida a una abuela postiza que tuvo de niño. “...la vi así como era, muy gorda y de cara agradable, se notaba que había sido muy linda de joven y se me pareció mucho a mi abuela Chayo Chula. Ahí conversamos un rato pero no fue la última conversación... por teléfono me contó por ejemplo cómo se había convertido en lo que era, dijo que leyendo libros de astrología en sus años hondureños y que luego, al quedarse sola, la astrología había sido su forma de agenciarse la vida... y en fin, así conversamos varias veces... mis vicerrectores me vacilaban por eso ...hasta que un día supe que se había muerto...”.

En efecto, Soralla murió un tiempito después y el rector no se dio cuenta, sino, hubiera tenido que mandarle un enorme ramo de flores...

## SORalla O LAS TRAMPAS DE LA FE

Allá por los ochentas, tiempos en que los barrios y pueblos se llenaron de agrupaciones autodenominadas iglesias cristianas, un cáncer sorprendió a Soralla dándole una estocada mortal. El cáncer, flagelo del siglo hasta que el SIDA lo humillara, no temió a las represalias ni respetó la autoridad de esa mujer que era tan respetada como temida. Ella supo inmediatamente leer el aviso, primero tímido... luego violento, escrito en su cuerpo como otros signos de sus tiempos, que se presentó con una muestra insospechada e insuperable de vulnerabilidad.

De todo su recetario, de todos sus talismanes y de todos sus pacientes médicos, nada ni nadie la pudo salvar de ese enemigo que le carcomía el brillo y la fuerza, que se tragaba sin respirar cada una de sus perlas falsas, de sus turbantes y túnicas del lejano oriente, de sus babuchas de odalisca josefina. Fue así que volvió a enfrentarse, después de tantos años, a la certeza de ser mortal, a la incertidumbre con respecto al más allá, a no saber si todo su montaje era legítimo en el pasado, o sólo pecado en el futuro. El asunto se trataba ahora de encarar los tribunales del Señor y sintió que su carga para el camino hacia el juicio final era demasiado pesada. La aplastó la culpa y la duda y en su cuerpo se repintaron de nuevo en relieve las normas reguladoras que tanto había intentado borrar desde que se convirtió en Soralla. Entonces neutralizó sus poderes y se volvió a convertir, esta vez en cristiana, casualmente en aquel año de 1983, en que Costa Rica declaró su neutralidad perpetua. Después se asomó a las escrituras y leyó las descripciones de los impíos, de los paganos idólatras, de los herejes, se reconoció en muchos de sus actos y oyó las trompetas del Apocalipsis.

Procedió a relatar su conversión ante las cámaras de televisión. Ese día se quitó su máscara y se puso otra para dar su testimonio y muchos costarricenses en las casas y en las calles pararon para escuchar de Soralla la

descripción del cielo y sus ángeles y hasta del infierno tan temido. Y también muchos la escucharon contar sus hazañas calificándolas de farsa, desmintiendo cada uno de sus poderes y a la vez llamando estafadores a todos aquellos que dieran consulta como ella lo hiciera, a toda la comunidad nacional de trabajadores sociales de la brujería, la hechicería, la cartomancia y la astrología, legiones terrestres de hijos de lucifer.

De esta manera, antes de que la muerte le ganara la última partida, ella había abandonado su postrero papel protagónico y había encarnado otro con tal de morir en paz. Sentía que decir lo que ahora era su verdad era algo que les debía a sus fieles de tanto tiempo. Por eso recurrió a los medios de comunicación, a los mismos que otrora le sirvieran para hechizar a sus radioescuchas y televidentes, que usó entonces para confesar su gran pecado y su eterno arrepentimiento y pedir humildemente el perdón de sus seguidores: “Todo era mentira”, decía, “todo lo inventé yo”. Ella, la peor de todas, renegaba ahora de la brujería y la hechicería, se despedía avergonzada de sus conjuros abandonando a la vez la fe en ella misma y depositándola toda entera en las manos divinas de Jehová, Señor de señores y Rey de reyes. Ante los ojos estupefactos de sus seguidores y del resto de televidentes que no la siguieron pero la conocían, se quitó el velo del misterio, reveló el secreto que parecía inconfesable, explicó sus tretas, vanidad de vanidades, todo era vanidad, y rompió el hechizo. El personaje que habitaba su cuerpo cayó malherido con el puñal de esa revelación, de lo que ahora ella decía que era la verdad, se doblegó, obedeció, se sujetó a las leyes humanas después que a las divinas y renunció al brillo de su rebeldía. Una vez desenmascarado y exiliado de su cuerpo, su personaje cayó muerto a los pies de su creadora.

Se adaptó pronto a su nueva identidad. Durante algún tiempo tuvo bien montado su nuevo monólogo en su nuevo templo. Igual que en tiempos pasados, cuando

iba de pueblo en pueblo atendiendo corazones rotos en una carpa, iba ahora de iglesia en iglesia dando su testimonio que crecía, se enriquecía, se redecoraba con cada vez que era contado y se llenaba de bisutería. Su testimonio se había convertido en oro en polvo para legitimar al movimiento cristiano. Ella sostuvo su fama y su elocuencia y habló para todos los curiosos que quisieran darle la Gloria a Dios viendo a esa impía en casa del Señor. La gente contaba de la conversión de Soralla, nadie la llamaba por su nombre de pila. Mientras tanto, su enfermedad avanzaba y los médicos le daban pocos meses de vida. Dice una de sus hijas que los cristianos irrumpieron en su casa, quemaron en el patio su altar, su trono y los objetos sin valor para ahuyentar y reprender al humillado y derrotado Satanás. Pero se llevaron los objetos valiosos, regalos de agradecimiento que atesoraba hacía años, entre otros, joyas de herencia, pinturas originales, adornos venidos del extranjero, plumas fuente con baño en oro, talismanes “verdaderos”, monedas antiguas y sabrá Dios nuestro Señor qué de valores más fueron a parar a las arcas de algunos hermanos piadosos pero cazadores de reliquias. Y ella, enferma, desde su cama vio como poco a poco su casa perdía el aura. Sus hijas, cada día al llegar del colegio y la universidad, encontraban a su madre más enferma y su casa más desmantelada. Hasta que poco antes de morir se cansó de su nuevo papel, del alto costo que estaba pagando por su entrada al cielo y recuperó la fuerza, sólo para echar a los mercaderes de su templo. Entonces mandó a los cristianos al mismísimo carajo y descansó en paz. Así acabó sus días y así fue Soralla de Persia. O tal vez no.



## OBRAS COMPLETAS DE SORALLA DE PERSIA

Es indudable que la mayor obra literaria de Soralla de Persia perteneció al ámbito de literatura oral. Sus cuentos fabulosos de la vida terrenal, de los misterios del universo, de las fuerzas que mueven las cosas, y de ella misma, eran creaciones efímeras que permanecieron sólo en retazos, colgando deshilachadas de la memoria de quien las oyó. Pero entre los múltiples sueños que se permitía despierta, estuvo el de ser escritora.

Ella era contemporánea de varias mujeres grandes por sus ideas, sus poesías y ensayos, sus agudos comentarios sobre la cultura josefina y algunas de ellas además por su exagerada belleza. Estas mujeres, intelectuales y artistas, dejaron el país y algunas también su nacionalidad para saciar su sed de espíritu crítico y sus ansias de ebullición cultural. Quisieron estar lejos de ese San José de finales de los cuarenta que ya mostraba, a pesar de la guerra civil y los cambios políticos, que no iba a salir del conservadurismo, los caudillos y patriarcas en el poder y la sujeción a la Iglesia Católica.

Soralla contaba con cualidades que le podrían haber ayudado a escribir: un amplio léxico adquirido gracias a su gusto por la lectura, una ilimitada imaginación, un fino sentido del humor, grandes ganas de contar de su propia vida y sus orígenes, de probarse en otras áreas, de intentar otras entradas a la vida intelectual de aquel San José en

pleno proyecto cultural “socialdemócrata” y tenía su enorme protagonismo por bandera. A la vez, la acompañaba la seguridad en su inteligencia, adquirida o reforzada después del éxito en los medios de comunicación.

Sin embargo, ella lo sabía, eso no bastaba para ser una buena, una excelente escritora, como hubiera correspondido a su ambición que no era, para nada y en ningún área, pequeña. Las escritoras de su tiempo habían viajado mucho y dedicado largas horas a afinar sus plumas para la escritura, mientras Soralla estaba presa de la maternidad. Además tenía claro que su camino era el de lectora de corazones angustiados y que nunca la escritura hubiera podido llevarla lo lejos que llegó como predictora de los futuros ajenos; pero no por ello abandonó totalmente su sueño. En dos ocasiones se sentó a escribir decidida a publicar sus letras y lo logró como lograba casi todo lo que se proponía desde que finalizó su metamorfosis.

#### *Biografía de don José Pompilio Urmeneta y de Valdivia*

La primera vez que se sentó a escribir con fines de publicación fue en algún año de los setenta cuando ya gozaba de fama. Se dedicó a la biografía ficticia de un noble y aventurero español que hizo cuatro viajes enormes, atracando en todos los continentes. Esa historia la había tejido en largas tardes dedicadas a fabricar sus trajes. Frente a su máquina Singer, llena de bolsitas con piedras preciosas artificiales, hilos de colores y lentejuelas brillantes, ella imaginaba a aquel marinero audaz, sus frases, sus sagas y torpezas, sus desamores y conquistas, sus fracasos y encuentros con aborígenes de rituales extraños en lenguas propias, que ella inventaba y traducía casi simultáneamente. En sus vestimentas de esos tiempos quedaron bordadas las carcajadas con las que Soralla arrullaba la historia que hasta a ella le costaba creer.

A la hora de pasar el cuento al papel, su necesidad primera fue inventar un heterónimo que contara las ocurrencias y disparates



que ella había tejido. Al concentrarse, la asaltó un nombre de hombre y le retumbó en la cabeza: Camilo Eustakio Cueva, y vio que era bueno. De este modo empezó el diálogo con ese nuevo alter ego, así, con género masculino, el género de casi la totalidad de los famosos nombres de conquistadores y aventureros, el género que aparecían en las numerosas publicaciones nacionales de esos años de grandes políticas editoriales. Para completar el perfil de su heterónimo le buscó un rostro, “¡Todo autor tiene su cara al dorso del libro y mi libro no será menos!” dijo. No pensó mucho, el rostro perfecto ya lo tenía, riéndose con ella en varios rincones de su cerebro, y no tuvo más que buscar una foto. La enigmática imagen de Rasputín aparece en la contraportada sobre los datos biográficos del escritor, nacido en la República de Marsopia y de profesión parasicólogo.

Cuando lo tuvo listo y corregido por un buen sobrino que con gran paciencia hizo lo que pudo en aquel mar de incongruencias, contradicciones y disparates, que ella escribía a propósito y que él le celebraba con risotadas, aprovechó la próxima oportunidad y se presentó con el manuscrito en la Casa Presidencial. En algún momento de baja tensión de su presidente, Soralla lo acechó con su obra literaria pidiéndole la publicación. El señor presidente apenas lo ojeó respirando hondamente, le faltaban fuerzas para negarle ese favor a esa mujer que le oía sus inquietudes cada vez que a él se le ocurría desahogarse con ella. “Dejámelo aquí en mi escritorio, que yo me encargo”, -le dijo-. De vuelta a su casa apenas si podía tragarse la risa que le cortaba la respiración, para que el chofer del presidente no la oyera. Después de los días necesarios para tomar impulso, el presidente entregó el manuscrito al pequeño departamento de impresión de la Casa Presidencial, con un par de indicaciones mínimas: “¡imprima esto y no me pregunte por qué y asegúrese de que no tenga ni un sólo dato de edición y después entrégueme todos los ejemplares!”

El libro circuló solamente entre un par de gente y ella con su sonrisa burlona esperaba los comentarios de sus escasos lectores. Apenas pudo se lo hizo llegar a Alberto Cañas, una de las personas que más publicaba y que más recibía premios de literatura. Jura

don Beto Cañas haberse reído mucho y haberse leído completas las aventuras de aquel fabuloso navegante.

Su ganancia había sido, además del placer de reírse mientras lo escribía, haber obtenido su publicación de manos del presidente, de tenerlo entre sus grandes travesuras y de haberse burlado a su manera de la alta literatura. Y porque era una burla escogió nombre masculino, pues eran hombres todos aquellos a los que ella saludaba personalmente y con aires de respeto, cuando se los encontraba en Casa Presidencial o en actos públicos en los que ella se les cruzaba. Su libro encerraba la burla ya desde una autobiográfica introducción, de formas como esta:

Y sin haber concluido ninguna clase de estudio todavía, me dediqué a estudiar a los grandes hombres de la historia, pero sobre todo a los biógrafos y a los biografiados. Y me causó sorpresa, cuando tenía escasos dieciséis años, observar la forma superlativamente parcialista en que se trataba de biografiar la vida de cualquier hombre o cualquier mujer que por cualquier motivo se atravesara en la historia. Aparecían todos como un dechado de valentía, heroicidad, pundonor, inteligencia, altruismo, filantropía, etc., que me sorprendió un tanto y otro me causó risa y empecé a sentir cierta clase de mofa y a ver ridículos ciertos libros de esta índole, que a la postre, lo que en esencia decían bien se podría haber resumido en una página. Además, nadie biografió nunca a ningún ser del montón, un “Juan Vainas”, como suelen llamarse. Y que por no haber sido noble, o no haber tenido fortuna, pasó inadvertido por la vida. Pienso que tal vez pudo haber sido más interesante su vida si la hubiésemos conocido, pues muchas veces es mayor proeza conseguir un plato de frijoles para doce hijos que ganar la batalla de Waterloo. (Soralla de Persia 197?: 20).

Evidentemente, ella conocía a quien tenía que conseguir un plato de frijoles para doce hijos y ganar cualquier batalla; era una tal Virginia que le recordaba su prehistoria.

#### *Génesis de Soralla de Persia (Autobiografía)*

Su segunda publicación apareció el 6 de enero 1980, ocupando una plana entera del periódico *La Nación*, bajo el título: *Honor a quien honor merece. Soralla de Persia*. En él, su foto sin los atuendos “orientales” adornaba el centro mostrándola radiante.

Esta vez también publicó con nombre de hombre, pero el texto, escrito en tercera persona, es claramente suyo y se trata de su autobiografía completa, desde su nacimiento hasta el momento en que el texto vio la luz. Ella sentía que después de haberse envuelto con tanto misterio, sus pacientes merecían saber o confirmar sospechas de su increíble origen y quería volver a divertirse con otra publicación, de modo que, cuando lo tuvo listo, llamó a otro sobrino y lo convenció de usar su nombre y número de cédula. Él, que no tenía nada que perder, y en cambio bien que se reía con las ocurrencias de su tía maga, accedió, tomó el dinero y el manuscrito y lo entregó al periódico.

Soralla revela en su autobiografía su nombre de pila, que no de nacimiento, Virginia Rojas Meza, su creadora, y cruza o funde la biografía de ambas, ellas coinciden en algunos elementos. Quien haya creído realmente en ella, quien haya firmado el contrato de ficción, lee sin problemas un texto que trata de dos y de una sola mujer a la vez. Ambas comparten básicamente el lugar de nacimiento y los familiares, no así, por ejemplo, su fecha de nacimiento ni su número de hijos pues mientras Virginia tuvo doce, Soralla de Persia tuvo sólo tres hijas. De esta manera, ella, ilusionista con la palabra, hace que sus lectores y seguidores realicen, con sus artificios verbales, un movimiento entre realidad y ficción y confundan una con la otra.

Ese texto fue un espacio en donde Soralla vertió su incansable fantasía y se creó un pasado lleno de exotismo y laureles. En él retomó sus sueños y los realizó en un solo movimiento: "SORALLA DE PERSIA", -nos dice-, "es una mujer de múltiples facetas: se ha perfilado desde su adolescencia como escritora de numerosos y bellísimos poemas, y prosas maravillosas". Sin embargo, ella bien sabía que no tenía la pluma de Darío o Amado Nervo, los poetas de su adolescencia, ni de los tantos boquerones que todavía en ese tiempo hacían temblar rodillas, bailaran o no; trovadores responsables de todos los lugares comunes que, hasta hoy, los novios y amantes tienen listos para cuando dan flores, mandan saludos por la radio o para mensajes de texto por celular. Pero el saberse deficiente para la escritura nunca la hubiera disuadido de

hacer lo que le diera la gana, que era su ocupación más amada y cultivada.

Por el contrario, se apropió del lenguaje y del discurso literario de poetas y trovadores, propio de las décadas pasadas herederas del modernismo, que describía a las mujeres maquillándolas ideales con su masculina pluma. Fue así como contó que junto a su enorme capacidad intelectual, “Sus ojos eran negros con luz celestial, su sincera y amplia sonrisa, su palabra de consuelo siempre a flor de labio, su piel y cabellos de gitana mora, sus chistes, sus ocurrencias, sus lágrimas de alegría brillándole en sus ojazos negros...”.

Pero hablar así no era solamente valerse de licencias poéticas y lugares comunes, era reafirmar su imagen tan cuidada, por eso se atrevió a más: puso a hablar al romántico Amado Nervo, de cuya boca, salieron palabras que sin que él lo supiera nunca, quedaron dirigidas a Soralla en el texto: “Como dice Amado Nervo: Todo en ella encantaba, todo en ella atraía, sus miradas, sus gestos, su sonrisa su andar, el ingenio de Francia en su boca fluía. Era llena de gracia como el Ave María, quien la vio no la pudo ya jamás olvidar”.

Dicha habilidad y estrategia de apropiación de discursos y pirotecnias verbales ajenas, es muy propia de esas figuras de fuerte presencia en la sociedad, que se adornan con palabras e ideas de otros para clavar aún más sus uñas en el tejido social. Su amigo, Don Pepe, hacía exactamente lo mismo cuando escribía. El retrato que Soralla hace de su persona en todo el texto, tiene todos los atributos de una mujer tradicional, madre abnegada que, desinteresadamente, trabaja llena de amor por el bien de sus próximos. Sin embargo, rompe el papel tradicional de mujer-madre al compartir ese quehacer tradicional con actividades como la filosofía y la política, al incursionar en tareas y áreas del conocimiento en ese tiempo exclusivas de los hombres. A la vez, se compara con el Ave María y repite en todo el texto su devoción por la fe cristiana y las figuras católicas. Su biografía habla de una mujer excepcional como excepcionales se han sentido los costarricenses, viviendo en una isla de paz dentro del mar

centroamericano, violento y revuelto e inferior. De esta forma correlaciona usos del lenguaje y estereotipos de su tiempo con su representación sociocultural tan atípica.

Una de sus tretas fue, para la verosimilitud de su biografía, valerse de figuras masculinas como legitimadoras de la suya. Así, menciona a políticos e intelectuales y los relaciona con ella a sabiendas de que, si alguno de ellos leyera el texto, no emprendería ninguna acción de esclarecimiento. Esto también hace pensar en la posibilidad de que haya sido así en la realidad, pero la realidad que nos importa es la contada por Soralla. Además de la cantidad de doctores y licenciados que cuenta dentro de su parentela, sumados a la particular presencia de un bisabuelo marqués, fundador de una Escuela Normal y de la primera Facultad de Odontología; Soralla cuenta que ella “Guiada por la mano de José Figueres Ferrer y siendo este insigne estadista su guía y consejero, dio sus primeros pasos en la política y en la vida pública”. Aparte, le atribuye al señor Carlos Monge Alfaro la frase “La vemos y la adoramos”, “es maravillosa. Es una mujer divina”. Frase en la que la palabra “divina” cumple feliz la doble acepción de bella físicamente y dueña de cualidad propia de las deidades. Esas figuras no son antojadizas, para hacer que otros la legitimen o hablen de ella escogió no menos que al gran caudillo de entonces, tres veces presidente de la república y a Monge Alfaro, filósofo y educador, que ocupó uno de los cargos de mayor prestigio, el de rector de la Universidad de Costa Rica de 1961 a 1970.

Cuanto más leía Soralla de sus propios orígenes, más asombrada quedaba de su alta cuna, de su sangre azul satín, de tanta gloria y sabiduría circulando por su cuerpo, de ese lugar merecido e irrepetible que ocupaba con tanta gallardía y naturalidad; punto de encuentro de incontables herencias materiales y espirituales con gentes que en ese momento hacían la historia patria. Pero como una mujer con esas características no podía pasar inadvertida para el resto del mundo, como el ámbito nacional era poco para expandir tanto brillo, tenía que contar de honores que excedieran el país y el continente. Así, como si lo anterior hubiese sido poco, dos figuras internacionales vinieron a acompañarla en su relato.

En él, ventiló su relación familiar y amistosa con el Rey Juan Carlos de España, quien en su primera visita a Costa Rica, en 1970, la reconoció inmediatamente “con una amistad que había cultivado muchos años antes”.

### *Soralla y los reyes de España*

Cuando los reyes de España vinieron al país, el entonces presidente de la república, pronunció unas terribles palabras de lacayo, que muchos oyeron conmovidos y algunos sonrojados de vergüenza y rabia. En un arrebato de pasión rastrera les dijo: ¡tenemos quinientos años de estaros esperando! De haber sido un pensador importante, hubiera logrado con semejante reproche, constreñir a todo el subcontinente. Pero éste era solo un hombre melancólico y extraviado, que lejos de adelantar la política de su pequeño país, cultivó los oficios de la trampa y la corrupción. Soralla por su parte no perdió el tiempo en medio de tanta pompa, que había tenido ocupada a la crema de la sociedad un buen tiempo antes de la gran visita. Mientras las damas, esposas de políticos y perfectas decoradoras de interiores y derroches culinarios, discutían sobre el tipo de orquídeas que debían adornar el Teatro Nacional, los manteles de los banquetes reales y los pasillos que los pies nobles abrían de pisar, y mientras los esposos practicaban el saludo al rey, el ángulo exacto de la reverencia, las cortadas palabras que con suerte lograrían pronunciar, la mirada desde abajo a aquella encarnación de la Madre Patria, ella, Soralla, tan noble como los reyes, apenas pudo en un descuido del protocolo y con su mirada fija en lo alto, se abrió paso entre el público plebeyo y se colocó donde le correspondía, a la par del rey y la reina y ahí mismo, en esa eternidad que duró solo un instante, un par de flashes la fijaron para siempre en la memoria de algunos de los súbditos de esas tres altezas.

¿Cómo dejar entonces de mencionar, diez años después, tan rimbombante pasado? ¡Jamás! Era demasiado para no refrescar o forzar la memoria colectiva y un excelente apoyo para contar la verdad de todo su capital. Por eso, en aquel texto, contó de su

amistad con los feos reyes y confesó además su título nobiliario de Marquesa de Aguayo, su vocación de filósofa dueña de teorías propias y la renuncia al ejercicio de su profesión de odontóloga para dedicarse al bien social. Todo eso que contó de sí, era apenas más y muchas veces menos de lo que muchos hombres y poquísimas mujeres de su época pudieran contar. Entonces no se guardó lo mejor del origen mismo de todos sus poderes: Soralla, para asombro de sus lectores, reveló que había realizado estudios de astrología, esoterismo y parasicología en los lugares que en sus tiempos mozos estudiaran los mismísimos Tres Reyes Magos.

### *Soralla y John F. Kennedy*

Para completar su inserción en el centro de los prominentes del mundo, osó incluir en su vida otra figura internacional: el presidente John F. Kennedy. Este, había visitado Costa Rica en 1963, año en el que a su vez, él fue visitado por la muerte. A Kennedy lo recibió con todo su esplendor el Volcán Irazú en erupción. Las bocanadas de ceniza que vertía sobre la capital no impidieron que la gente saliera, bajo sus paraguas, a saludar a aquél hombre que, junto al presidente de la república y con tremendo ardor en los ojos, atravesó las calles de San José en un descapotable. Ahora, andan diciendo por ahí que el verdadero Kennedy vio la lluvia de cenizas desde la ventana de su habitación en el Gran Hotel Costa Rica, protegido de cualquiera que quisiera cobrarle sus movidas sucias con la vida. Y dicen que quien se rascó por un buen rato los ojos ardidados por la ceniza, era un gringo muy parecido a él, quien se ganaba la vida como su doble. Sería por eso que la gente no le vio en los ojos la muerte, que aguardaba sonriendo paciente al verdadero Kennedy, apenas unos meses más y también en un descapotable. A este Soralla no lo abordó. Sin embargo, tomando en cuenta tanto alboroto y despliegue policial durante su visita, su muerte tan impactante y documentada, los deliciosos rumores de su presunto enredo con Marilyn Monroe y la construcción de una cabeza parecida a él, con la que se bautizó y afeó el parque del barrio de la Universidad de Costa Rica, cuyos estudiantes

han pintado y manchado cada vez que fue posible, al escribir su biografía Soralla decidió que ese hombre afamado y escandaloso había estado a la altura de ser su amigo, y lo incluyó en la lista.

Después de tan desmesurado bagaje, a quien leyó y relejó con fe y estupefacción no le extrañaron para nada los cargos de embajadora, cónsul y canciller en diferentes países del mundo, que ocupó Soralla de Persia agradecida, pues, como decía “le permitieron conocer más a la gente y estudiar mucho”. Esos cargos siempre han sido acaparados por el mundo masculino y por lo tanto eran impensables para cualquier mujer de su tiempo. Hasta hoy día, el puesto de canciller no ha sido ocupado por una mujer en toda la historia de este país. Pero Soralla lo logró porque a quien la vida le trunca un sueño de grandeza, la misma vida a veces le da el recurso de la ficción y del delirio para realizarlo.

Nada de toda su biografía fue casualidad, Soralla venía de una familia de prominentes y el periódico expuso ampliamente su linaje, todos sus ancestros y parientes tenían títulos universitarios y habían sido honra, gloria, orgullo y brillo de la patria y del mundo, y con su trabajo pusieron en alto el nombre de Costa Rica. En el saldo tenemos: un escritor, ocho licenciados, veinte doctores, un ingeniero, dos poetas, nueve profesores, un presbítero, una monja santa y buena, la señorita Tica Linda, el presidente del Supremo Tribunal Electoral, un juez de la Corte Suprema de Justicia, ambos padres egresados de La Sorbona y un abuelo con título nobiliario de marqués.

Pero entre tanto detalle, Soralla no se guardó su vida cotidiana. Entre sus pasatiempos estaban los estudios genéticos y genealógicos, las lenguas muertas y arcaicas, la filatelia y la numismática y la colección de joyas y piezas de hierro. Asimismo, para mayor entretenimiento, tenía entre sus hazañas haber sido fundadora del Club de Leones de San Pedro Sula, Honduras y del Templo Blanco del Gran Oráculo Universal. Además, estuvo en varios congresos de filosofía y asistió en especiales representaciones a asociaciones culturales y sociales del mundo, “de alto nivel confidencial”, lo cual, en plena guerra fría, era mucho decir y quien sabe si no era ese el saldo de su amistad con Kennedy.



Todo esto en perfecta combinación con el juego que Soralla jugaba y que juegan tan a menudo los religiosos: desde su posición de astróloga, que para algunos es igual que ser bruja, hablaba del dios judeocristiano y de algunos santos. En su biografía aclaró su adscripción a la iglesia empezando por su nacimiento: “Fue bautizada con el nombre de Virginia Ángela de Jesús en honor a la Virgen María, la reina de los Ángeles y a Jesucristo el Hijo de Dios y Nuestro Padre Celestial. Perteneciente a un hogar muy acaudalado y de un profundo fondo religioso, fue criada en exclusivos colegios católicos fuera de Costa Rica, recibiendo así una educación completísima, que la capacitaría en la vida para “llevar a cabo su obra...”.

Así, cumplió con la iglesia y luego, de su mundo esotérico, solamente dio tres datos: sus estudios de astrología, esoterismo y parapsicología, su papel de fundadora del “Templo Blanco del Gran Oráculo Universal” y la aseveración de que “Con sus predicciones acertadísimas se ha hecho famosa y los principales diarios y revistas del continente han hecho siempre sus publicaciones”. Mayores créditos no hicieron falta, no sólo porque ya esos eran de suyo impresionantes y poco usuales en cualquier ser humano, sino también porque para el momento de la publicación, ya ella era suficientemente conocida y reconocida como astróloga.

Los atributos espirituales de Soralla, mencionados en el texto, se asemejan a las letanías: bondadosa, buena madre, hija y hermana, ayuda, consuelo y paño de lágrimas, orientadora y sabia, altruista y amante de sus semejantes, simpática y divina, de corazón grande y abierto al desvalido, al enfermo, al sufriente y al necesitado, de belleza extraterrestre, poseedora de una misión especial en la tierra, participante en obras de beneficencia, apoyo a clases necesitadas y oprimidas del mundo, consejera justa, alma bondadosa, nobleza de espíritu superior sublimizado. Si bien los atributos suelen ser los deseados tradicionalmente dada su condición de mujer, ella nunca deja por fuera su extraordinaria inteligencia, y su ilimitada capacidad intelectual.

Y con esta biografía, Soralla redactó una vez más un contrato de ficción, y algunos de sus seguidores firmaron gustosos.

El día de la publicación de esa autobiografía era el mismo de su nacimiento, quisieron las estrellas que Soralla de Persia naciera un 6 de enero, el día de los Tres Reyes Magos, pero ni Dios juega a los dados ni ella creyó en casualidades.